BOCANEG
Carta
Pastoral

Ex Libris

Russell Perry Sebold, III

SALUDABLE MEDICINA

PARA LAS DOLENCIAS DEL SIGLO.

CARTA PASTORAL,

QUE DIRIGIÓ A SU REBAÑO

EL ILUSTRISIMO SEÑOR

D. FRANCISCO ALEXANDRO BOCANEGRA Y XIVAJA, *Arzobispo, y Señor de Santiago, Capellan mayor de S. M. Juez Ordinario de su Real Capilla, Casa, y Corte, y Notario mayor del Reyno de Leon.*

MADRID. MDCCLXXVIII.

Por D. JOACHIN IBARRA, Impresor de Cámara de S. M.

Con las Licencias necesarias.

FL DRPS FA/0894
0500770583

Nolite conformari huic sæculo : sed reformamini in novitate sensus vestri. Non plus sapere , quam oportet sapere ; sed sapere ad sobrietatem.

Ad Rom. cap. 12.

INSTRUCCION PASTORAL

Del Ilustrísimo Señor Arzobispo de Santiago , Capellan mayor de S. M. en que se expresa la saludable medicina para las dolencias del siglo.

NOS D. FRANCISCO ALEXANDRO BOCANEGRA Y XIVAJA, por la gracia de Dios , y de la Santa Sede Apostólica , Arzobispo , y Señor de Santiago , del Consejo de S. M. &c.

A nuestras muy amadas Ovejas , salud en nuestro Señor Jesu-Christo , que como resplandor del Padre , y figura de su substancia , es la verdadera luz , que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.

Otra vez , carísimos Her-

manos mios, por el gran deseo que tengo de vuestra salvacion, juzgo preciso el hablaros de Rosó, y Voltér. En mi antecedente escrito os previne contra sus máxîmas: ahora son muy otras mis ideas; pero todas dirigidas á el fin de instruiros. Si los nuevos Filósofos fuesen verdaderamente incrédulos, como ordinariamente los llaman, no merecian entrar en lid con los racionales; y si no debian tenerse por brutos, porque al fin discurren, y raciocinan, á lo menos deberían ser graduados de locos, que no hacen número con los demas hombres. Pero hoy os quiero yo hacer ver, para que desprecieis mas estas opiniones nuevas, y os burleis de estos delirios, que inundan el mundo, como los mismos Autores de ellos, ó los que con tanto ardor los fomentan, no los creen. Yo tengo por certísimo, que esta incredulidad es puramente exterior, y que interiormente, ó para sí mismos, creen

ciertamente lo mismo que nosotros creemos. Esto quiere decir, Hermanos mios, que yo soy incrédulo de esta fingida, ó aparente incredulidad; y añado, que no puede haber hombre de los que tienen cabal el juicio, que seriamente, y sin ficcion, pueda pensar como ellos piensan. Si yo logro en esta Carta desempeñar este asunto, probando la propuesta asercion, sin duda habré conseguido mucho para vuestra comun utilidad, y no desconfio del acier-

acierto, aunque el tiempo que me dexan mis ocupaciones, es bien corto: porque este designio lo concebí á presencia de nuestro glorioso Patron SANTIAGO, estando en las Vísperas de su gloriosa translacion á esta Ciudad de Compostela. Yo espero en su favor toda la proteccion necesaria; y no debo dudar, que del Trono mismo de donde salió la mocion, para que yo emprendiese esta obra, ha de salir tambien la luz, para que la finalice, reputándome yo, en

este venturoso lance, como un mero Amanuense de nuestro Gefe.

PRIMERA PARTE.

Propónense en comun las máxîmas de la impiedad, y contrapónenseles las de nuestra Religion.

Ya he dicho, Hermanos mios, que soy el incrédulo de los incrédulos, ó el que niega con toda su fuerza el que en realidad los haya. Su incredulidad, en mi sentir, es puramente exterior, ó en apariencia,

cia, y de hombres semejantes no se puede creer otra cosa. Ellos, como sus mismos libros publican, son unos hombres muy capaces, doctos, erudítos, sutíles, llenos de ciencia, y de todo género de conocimientos, así políticos, como filosóficos. Solo las máxîmas christianas parece les son desconocidas, segun el modo con que se explican en sus obras: ¿pero quién ha de creer en ellos esta ignorancia, ó quién no se ha de persuadir á que es afectada, y fic-

ficticia, á vista de la erudicion, que, como os he dicho ya, descubren en sus escritos? ¿Cómo unos hombres tan perspicaces no han de ver los grandes caracteres de la naturaleza, que tienen delante de sus ojos, donde aun los mas cortos de vista leen claramente la grandeza de su Autor? ¿Y cómo sus oídos no han de percibir la armonía de esa máquina Celestial, que con tan altas voces pregona la infinita magnificencia de su poder? Yo no puedo reducirme á confesar, que unos hombres tan ilustrados, y tan linces en toda especie de conocimientos, puedan creer lo que aparentan, ni estén persuadidos á que es verdad lo que publican. Los contemplo del mismo caracter, que aquellos Filósofos, de quien dice S. Agustin, que por agradar á las gentes, con quien vivian, adoraban los mismos Dioses, que blasfemaban, é interiormente reprehendian los mismos sacrificios, que ofrecian: de suerte, que, pro-

Comparacion de los Filósofos nuevos con los antiguos.

propriamente hablando, en lo exterior eran Sacrificadores; pero en su interior eran Censores. Conocian para sí la vanidad de sus sacrificios; pero exteriormente se acomodaban á ellos, ó por cobardes, ó por desalmados, haciendo un papel para sí mismos, y otro para el mundo.

Iguales ideas encuentro yo en los Filósofos de nuestro tiempo. Bien ven, que su doctrina se opone á la razon, y que es contraria á toda racionalidad; pero, ó por capricho, ó por

por desalumbramiento, ó por interés, ó por desenfreno de pasion, ó por vanidad de hacerse raros, se han hecho promotores del vicio, y perseguidores de la virtud, no obstante el que para sí mismos, ó en su concepto interior, abominan lo mismo que enseñan, y tienen por verdadero lo mismo que abominan: hacen el papel de que desprecian nuestra Religion, y en el secreto de su alma se burlan de la incredulidad. Si no fuese esto tan cierto, no hubiera Voltér

Penitencia transeunte de Voltaire.

tér llamado al Capuchino, quando se vió á punto de morir; y á la verdad en esta conversion transeunte, que en mi concepto fue verdadera, no tanto influyó algun nuevo desengaño, como el anterior juicio de la falsedad de su doctrina, protegido entonces del favor de Dios, que no niega su misericordia ni aun á semejantes hombres. Así ellos se aprovechasen de sus proprias luces, y de las que el Señor les envia; pero por una especie de insensatéz, aun co-

conociendo la falsedad, la abrazan, y á ciencia cierta de que van descaminados, se hacen guias de otros infelices, para que tambien se descaminen. Buena prueba de esto es el caso expresado de Voltér, quien apenas hubo salido del peligro, quando sin la menor dilacion volvió otra vez al vómito, se olvidó de los terrores, que antes le habia causado la eternidad, y continuando en su antiguo oficio de engañador del mundo, se ha propuesto consumir su vejéz

jéz en favorecer las pasiones, y combatir la Religion.

Pero, aun dado caso, que sea incierta esta (digamoslo así) instantanea conversion de Voltér, y que siempre haya estado firme en el mismo designio de engañar al mundo, ¿cómo hemos de conceder, que ni él, ni otro alguno de los que lo acompañan, y forman este fatal Apostolado, asienten ingenuamente á lo que enseñan, y tienen una intencion sana en promover, y es-

parcir su perversa doctrina? ¿Cómo es posible que se tengan por promotores de la verdad los que sellan todas sus obras con el negro caracter de la falsedad, y de la iniquidad? ¿Cómo podrán persuadirnos á que hablan de veras los que intentan arrojar á Dios de su cielo, quitarle el título de Criador de todas las cosas, hacer el mundo efecto de un *acaso*, privar á el alma de su inmortalidad, y hacer al hombre de la misma condicion que los brutos, sin otra dife-

rencia que la figura? A la verdad los que así piensan, segun la expresion de David, por su brutalidad en el modo de juzgar, si no son como ellos, á lo menos se comparan con ellos, y se hacen semejantes á ellos. Su mismo errado juicio los despoja del honor de racionales, y los coloca en la baxa condicion de los brutos.

¿Pero quién creerá que Voltér, y todos sus compañeros, querrán sencillamente incluirse en esta especie, é igualarse en la na-

naturaleza irracional á todos los animales, quando en sus mismos escritos publican que solo han nacido para ilustrar á los demas hombres? El que dixo que si un caballo tuviese la misma estructura que él, discurriria, y raciocinaria de la misma manera, ¿sería tan insensato, que tuviese esto por verdad, y quisiese hacer á un bruto tan íntimo pariente suyo? Por la parte animal todos somos parientes, que aun por eso el humildísimo P. S. Fran-

cisco á todos los animales los llamaba hermanos; pero no imagino que quieran, ó consientan en serlo tanto estos Filósofos nuevos, que tienen tanta presuncion, y vanidad, como S. Francisco tenia humildad. Bien conocen para sí mismos, que en el hombre hay una substancia espiritual, que lo diferencia esencialmente de las bestias; pero como se han propuesto hacer lícita la bestialidad, y constituir á los hombres en la baxa suerte de puramente sen-

suales, no pudieron elegir para este designio otro camino mas oportuno. Por él han logrado, y logran los aplausos de los que desean el libertinage, y á costa de tragarse despues un infierno eterno, merecen, mientras viven, la vanísima gloria de ser (en su exîstimacion) ilustradores de todas las Naciones, verdaderos Filósofos del abismo, Antievangelistas, Apóstoles de Satanas, corruptores de las almas, y guias, ó gefes escogidos por Lucifer, para que lleven los

hombres por el camino contrario á la verdadera luz. Estos (con corta diferencia) son los dictados con que el Sumo Pontífice nota á estos infelices, que así han querido hacerse singulares, prostituyendo temerariamente sus almas, y haciéndose por un capricho indigno furiosos antagonistas de la verdad. No será extraño, pues, el que yo les honre con los mismos caracteres, para que por ellos os guardeis de sus ilustraciones, y de las decantadas máxîmas con

con que pretenden obscurecer el siglo de las luces. (*)

En comprobacion de lo que pienso establecer para instruccion de mis Ovejas, no es menester otra cosa que darlas una leve noticia del modo de pensar de estos nuevos Evangelistas: pues con sola esta

(*) Véase el cap. 3. de la 2. Epístola de S. Pablo á Timoteo, donde se hallan expresos todos los dictados que el Santo Pontífice aplica á los impíos de nuestro siglo, como que ellos son, á su parecer, aquellos hombres malos, de quien allí se habla.

Descripcion, ó analisis del Plan lastimoso de los incrédulos.

exposicion, ó descripcion, nada podrá contra ellas la incredulidad, ni habrá (para explicarme con las mismas voces del Apostol) quien pueda evacuar, ó trastonar la firmeza de su fé. Para fundar esta en el mundo, dice el mismo S. Pablo, que apareció en él la gracia de nuestro Salvador, no teniendo en ella otro fin, que el de instruirnos, y establecer una doctrina, por la qual, negando los hombres la impiedad, y los malos deseos, viviesen una vi-

vida sobria, justa, y arreglada, no segun las máximas del siglo, sino segun las de la virtud, esperando lograr el objeto de su mérito, que es la bienaventuranza eterna, quando se verifique la venida de nuestro gran Dios en el dia destinado para manifestarse con toda la gloria, y magestad de Juez (*). Esta es la doctrina, y la única máxima de nuestro Salvador, expresada por su Apostol. Esto es lo que nos manda observar para ser salvos,

(*) Ad Tit. c. 2.

y

y lograr la felicidad eterna. Y no como quiera nos encarga Su Magestad esta observancia, sino como precisa, y única en todo tiempo, y hora: por todo el curso de nuestra vida, y mientras durare el mundo. Todos los hombres, de qualquiera nacion que sean, conforme vayan corriendo los años, tienen precision de ser sobrios, pios, y justos, si quieren arribar á la felicidad que les está preparada, como un premio de su mérito, y de una conducta conforme á

á esta doctrina. Eso quiere decir la expresion *en este siglo*, porque no hay alguno, en que no se entienda esta santa advertencia. Así es, mis amados hermanos; pero en el que ahora vivimos, parece se quiere establecer otro Evangelio; porque se ha levantado en nuestros dias una turba de nuevos Apóstoles, tan contrarios á San Pablo, y á los demas, que todas sus miras son establecer máxîmas opuestas; quitar la esperanza de la vida futura, negando la in-

inmortalidad del alma: desterrar el temor de Dios, diciendo, que, ó no hay tal cosa, ó que si la hay, no es para cuidar de las cosas de acá baxo: dar rienda á los apetitos, como una precisa satisfaccion de nuestra naturaleza, en quien fingen derecho para ella: negar toda Religion, ó dar igual conducencia á todas para conseguir la salvacion: borrar de nuestro juicio la idea del infierno, y el cielo: en una palabra, fomentar la impiedad, promover la disolu-

lucion, corromper las costumbres, despreciar las Leyes mas sabias, inutilizar las buenas obras, y poner á los hombres en la misma constitucion que las bestias. Este es todo el fin á que aspira este concilio de malignantes, que infelizmente rodéa la christiandad: y aunque por vias muy distintas, todos tienen por único objeto el destruir nuestra Religion. Bien conocen, como he dicho, que es verdadera, y santa; pero porque es contraria á su mala vi-

vida, no quieren confesar que lo sea. En esto obran con doblez; y esto es lo que con la ayuda de Dios espero probar, y aun evidenciar.

Este concilio lastimoso (permítaseme hablar así, aunque se improprie algo la voz), ó esta Congregacion maligna de Libertinos, se compone de diferentes sectas, entre las quales no es facil determinar quál de ellas sea la que mas posee la insensatéz, ó la que mas promueve la corrupcion. En esta infeliz com-

comparsa de insensatos, que conspiran á hacer á nuestra Religion una guerra abierta, hay Materialistas, hay Deistas, hay Naturalistas, y hay Ateistas, que aunque todos van al fin de destruir la Religion revelada, las sendas que eligen para conseguir este gran proyecto, son muy diversas. El Ateista dice en su corazon que no hay Dios. El Deista afirma que lo hay, pero sin providencia. El Naturalista pugna contra ambos, y defiende que hay uno, y otro;

otro; esto es, que hay un Dios infinito, y que este provee en todo, segun conviene; pero al mismo tiempo delira, no concediendo á esta Deidad sabia otros atributos, que los que puede comprehender su inteligencia. El Materialista (que es el que anda mas en boga, porque es el que mas corrompe), da al racional la misma alma que al caballo, despojándolo de toda libertad para el mérito, ó demérito. Aun no están en esto acordes los Autores de este error; porque

que Rosó concede á el alma la libertad, y espiritualidad, no obstante el que en su origen constituía con la de los brutos una misma especie, en quanto al sér. Elvecio es de un sentir enteramente contrario, y defiende la absoluta materialidad. Sienten unos, que todo el hombre se acaba en la muerte: opinan otros, que es eterna su duracion. Pero aun estos últimos no convienen entre sí, sintiendo algunos de ellos, que en la otra vida está libre de pena; y juz-

gando otros, que los castigos en la eternidad son una necesaria sancion, ó establecimiento de la Ley. Otros mas arrestados, ó (por mejor decir) mas desalmados, tienen estas leyes, y estos castigos, como una invencion de los Poetas, y una política ficcion de los Reyes. Segun algunos, el mundo ha sido siempre lo que ahora: segun otros, ha tenido principio; y aquí se vuelven á dividir: porque unos dicen que lo tuvo de Dios: otros sienten que del acaso, ó (lo que

es lo mismo) de la casual conjuncion, ó agregacion de partículas eternas, que fluctuaban por el viento. En quanto á la Religion, hay quien la juzgue introducida por el terror pánico: hay quien la crea hija de la política; y hay quien la discurra propia produccion de la naturaleza; y unas veces la estiman como necesaria á la conservacion del Estado, otras la miran como perniciosa al buen gobierno, y sociedad de las gentes. El Derecho *Social* lo cons-

tituyen en la utilidad propia ; y el fin último de qualquiera empresa en el personal interés.

Todo esto dicen los Libertinos, aparentando creerlo así, y procurando hacer á todos de la misma opinion. No lo persuaden á la verdad. (¿Y cómo era posible que lo persuadiesen?) Pero si para ello les falta el nervio de las razones, y el método de raciocinar, para llenar este vacío, tienen el *quid pro quo* de la impostura, la desvergüenza, y la avilantéz.

téz. Con estas solas armas se lisonjean los infelices, que han de alucinar los incautos, y demostrar sus errores groseros. Con ellas se presumen autores de la luz de este siglo, y por su propria autoridad se arrogan el caracter de hombres ilustrados, venidos en estos últimos tiempos para iluminar el género humano, sepultado por tantos siglos en las tinieblas de la ignorancia. Declaran, que por este motivo dirigen sus escritos luminosos á toda la tierra, para que en las

quatro partes del mundo se vea la luz, y resuene el sonoro eco de su predicacion, que enseña á las gentes la verdadera, y única felicidad, hasta ahora no conocida, por no haber habido quien la demuestre como ella es. Por tanto, establecido que la libertad en el pensar es el medio mas oportuno para las grandes empresas, y altos proyectos, alzan un Tribunal sobre lo criado, é increado, y llaman, ó convocan al escrutinio de su razon todas las cosas; esto es,

es, la Religion, y la Ley; costumbres, y Derecho; Cesar, y Dios. El *placer*, y el *interes*, ya sea personal, ya de la Patria (que es lo que llaman *Patriotismo*), forman el gran *Criterio*, ó la única norma, por donde se ha de discernir lo que se deba aprobar, ó reprobar. Con este fin ponen en parangon, y como en una escena á Moyses, y á Numa, las Vestales, y las Religiosas, los Sacerdotes, y los Dervis (*),

(*) Especie de Religiosos Mahometanos.

la Iglesia, y el Serrallo, el Alcoran, y el Evangelio. Despues tomando con su insano juicio la *Balanza del Cálculo*, y confrontándolo todo con solo el fin del *interés*, y del *placer*, he aquí que por su soberana, y no menos iniqua definicion, la Religion, la verdad, y la inocencia, sin dar lugar al menor recurso, quedan condenadas á un perpetuo destierro. Voltér saca á la pública luz la tragedia de Mahoma, que es muy adequada para el caso, y otros de

de sus Coevangelistas tienen otros rumbos, aunque abominables, igualmente conducentes para establecer su sistema. (*)

No es el menos impío el de la Poliantéa Universal, que si le hemos de dar su definicion propria, no es mas que un prodigioso agregado de dicterios,

(*) Igual impiedad mostró este Autor en las *Cartas Filosóficas*, que escribió desde Londres, en el *Diccionario Filosófico*, y en el *Ensayo de la Historia general*. Esta obra está proscripta por el Clero de Francia, y la primera mandada dar al fuego por el Parlamento de París.

rios, y de literatura. Allí se oye parlar de Jurisprudencia, de Política, de Astronomía, de Comercio, de Metafisica, de Moral, y últimamente de Guerra. Sola la Lógica (acaso por ser la Arte de pensar con razon, y con ilacion) es la que no halló lugar en este desconcertado escrito, ó totilimundi de desatinos. Pásase de repente de Jerusalen á Roma, de Atenas á Esparta, del siglo de Augusto á el de los Luises: recórrense con gran menudencia, y prolixidad las

las partes mas remotas del Universo, los Caribes, los Arabes, los Americanos: en fin, los habitadores de las tierras mas incultas, y desconocidas; y de todo este conjunto de naciones, tan bárbaras, como separadas, ó agenas de todo comercio humano, y racional, ya se contrapesan sus establecimientos, y leyes, ya se confrontan sus costumbres, ya se pintan (y bien al vivo) sus obscenidades, ya se celebra (y con complacencia) su irreligion, y sus disoluciones.

Aquí

Aquí se mencionan las Dinásticas de Egipto, y las recientemente descubiertas antigüedades de la China, solo por hacerlas valer mas que el Génesis, y preferir su autoridad á la de Moysés; siendo así que ni ellos las han visto jamás, ni saben lo que son. Allí comparan al mismo Moyses con Diodoro, Estrabon, y Tácito, dando á estos la primacía, y haciéndolos mas inteligentes que él en orden á las cosas de su Nacion. A Horacio, Manilio, Petronio, Lu-

Lucrecio, y otros Autores de la antigüedad los citan como incomparables Maestros de sabiduría, y los colocan sobre los Padres de la Iglesia. En fin, fábula, é historia, ciencias, y artes, romances, y novelas, cuentos, y ficciones, todo entra en el plan de aquella Poliantéa Universal. Ellos dicen que sin *Pedantería*; pero por la mayor parte sin citas de Autores, ordinariamente sin fidelidad, siempre sin crítica, y sin raciocinio. Toda esta obra está sembra-

da,

da, y llena de falsos conceptos, sin apoyo, ni prueba alguna; pero suplen este defecto con pronunciarlos en tono dictatorio, y soberano, en modo suficiente, á su parecer, para obscurecer la verdad, y hacer creer la falsedad. Con esta industria diabólica quedan aprisionados, y hechizados los jóvenes libertinos, y las damas débiles, que se precian de académicas, ó eruditas, y como tales, se deleytan demasiadamente en estas lecturas perniciosas. Miran á estos Filósofos nuevos

vos como unos oráculos de sabiduría, y admirados de tanta plenitud de erudicion, de tanta variedad de cosas, y de tanta franqueza en pronunciar sus teoremas, sin vacilar, ni titubear, acceden á sus patrañas, y reputan estas locuras por un grande hallazgo, del qual pende su felicidad. Con tales Maestros ya se juzgan dichosos, y en su doctrina encuentran abundantemente quanto podia fingir su deseo. Con estas charlatanerías insulsas, y fútiles, pien-

piensan haber demostrado estos Autores, "que la Re-»ligion es una impostura, »el Evangelio una ilusion, »sus Ministros unos hipó-»critas, los Padres de la »Iglesia unos ídolos incen-»sados por costumbre, los »Teólogos unos ignorantes, »y todos los verdaderos fie-»les una manada de bue-»yes, estúpidos, inútiles, »igualmente perniciosos á »la Nacion, que á la socie-»dad, á la qual no pueden »hacer feliz, sino aquellas »almas grandes, y aquellos »espíritus elevados, que con

»con su fortaleza, é intrepi-»dez, saben despreciar, y »pisar la Religion, y Dios."

Esto dicen, porque quieren; y los creen, solo porque ellos lo dicen. No hay mas fundamento, ni mas autoridad que su palabra; pero con esta sola piensan haber aniquilado la Iglesia, desmentido la fe, destruido el Evangelio, y arruinado una Religion, que fue edificada por los Apóstoles, confirmada por los Mártires, ilustrada por los Santos Padres, apoyada

Descríbese la fundacion admirable de nuestra Religion.

con tantos milagros; en fin, una Religion, que triunfó de los Poderosos de la tierra, empeñados en borrar de ella hasta su memoria: que con sola la predicacion de doce hombres desvalidos, ignorantes, iliteratos, y sin el menor auxîlio humano, dominó todas las Naciones, convirtió los Gentiles, humilló á los mismos Reyes, convenció los mas sabios Filósofos, y dominó en todas las voluntades, á lo menos de aquellos muchos, que por el clarin de la predicacion após-

apostólica abrazaron la doctrina del Cielo, que se publicó para salvar las gentes: y esto, siendo una doctrina tan contraria á las pasiones, y que halló á los que la habian de oir tan preocupados de sus falsedades, tan entregados á sus apetitos, tan poseidos de sus intereses, y tan llenos de estorbos, para rendirse á una tan santa, y por tanto tan opuesta Religion. Este es el gran prodigio, que S. Juan Chrisóstomo nunca dexó de admirar, y que precisamente admirará

á qualquiera que tenga sana la razon ; pero como estos nuevos Evangelistas van siempre fuera de ella, aunque para sí mismos conozcan , y crean la verdad (porque ¿ quién no verá tan gran luz ?), en lo exterior aparentan , y hacen empeño de que no la quieren creer. Es muy honorífico el título pomposo de *Fundadores* , aunque sea de disparates, y así no es extraño, que se muestren mas incrédulos , y mas duros que los mismos Gentiles ; despreciando á los verdaderos sa-

sabios , á quien fue encargada la fundacion de la christiandad , y no queriendo oir la ciencia , y el espíritu de virtud que en ellos habia depositado el Señor.

¿ Pero qué digo Fundadores? Hermanos mios. Aun ellos mismos se avergonzarán de ese epitecto , si reflexìonan un poco sobre su conciencia ; porque esta les dirá con claridad el título que por sus obras , y conducta se han merecido. Este , propiamente hablando, no es otro , que el de Fa-

Describese el caracter de los impíos, y se les define segun su malicia.

náticos, y (á lo menos en quanto á su intencion) arruinadores de la humanidad, destruidores de las leyes, corruptores de las buenas costumbres, autores de patrañas, compositores de sistemas brutales, tramoyistas políticos en el teatro del mundo, Anti-Christianos, audaces, embusteros, locos furiosos, llenos de presuncion, y enemigos declarados de la sociedad, que con sus vanos escritos intentan pervertir. Sí, amados Hermanos, este es el caracter

ter de estos hombres indóciles, Anti-Apóstoles, que tan descaradamente combaten nuestra Religion, fundada sobre la sangre de Jesu-Christo, y su vida santísima; sobre la luz, que vino á dar á todos los hombres para guiarlos á la salvacion; sobre la santa Ley, y sabios reglamentos, que dexó en su Iglesia, para que todos viviesen en concierto, en santidad de vida, en arreglo de costumbres, en práctica de las virtudes, en la fuga de vicios, y desórdenes, estando to-

dos en paz, amándose unos á otros, sin dañarse mutuamente en sus comercios, siendo sufridos en sus recíprocos disgustos, ayudándose en las necesidades, no murmurando unos de otros, obedeciendo á sus Superiores, que mandan en lugar de Dios; en fin, teniendo en todo una conducta tan ajustada, que sea un remedo, ó vislumbre de la del Cielo, y un feliz ensayo, que, para alcanzarla algun dia, debemos hacer ahora en la tierra.

El desvanecer, y contra-

tradecir estas máxîmas tan santas, es lo que á estos libertinos les hace mirar con mal ojo nuestra Religion, como contraria á las máxîmas, y desenvolturas, que pretenden establecer, omitiendo ahora lo que dicen Pedro Bayle, Tolando, Espinosa, y Obes (Padres conscriptos de esta secta infeliz, á quien siguen, como tropa auxîliar, los Colins, los Wolstones, los Montanes, los Marqueses de Argens, los Voltaires, los Rosoes, los Elvecios, y otros discípulos ocultos, cu-

cuyos nombres han quedado reservados, y no por humildad, sino acaso por... qué se yo que; contentándose con dar al público algunos pestilentes librillos, con los títulos de *Cartas*, *Demonstraciones*, *Tratados*, *Pensamientos*, *Exâmenes*, y *Novelas*) el autor *del Espíritu*, que me es mas oportuno citar, porque él es acaso el último, que tomó la pluma en esta interesante materia, es sin duda el que en toda la Europa se lleva la palma en punto de impiedades. En to-

Delirios del vicio, y su obscenidad increible.

todos los libros de estos infelices se abochornará mucho qualquiera que tenga honor, al leer las máxîmas escandalosas, las palabras torpísimas, las descripciones obscenas, de que están llenos; pero el libro *del Espíritu* los superó á todos. Allí se ve escrito, *que el pudor es una ficcion del amor, y efecto de una voluntad refinada, por lo qual se propone el desterrarlo del otro sexô.* Añade para colmo de su liviandad, *que el culto de los templos de Venus, y de As-*

Astarte es un objeto digno de nuestra admiracion, y capaz de consolarnos en nuestras comunes miserias. Quien habla así, Hermanos mios, ¿cómo querrá oir hablar de la castidad? Mas bien querria que volviesen los tiempos de Flora, las Lupercales, y que se viese ahora el mundo como estaba Roma en los natalicios de los Césares. Por este motivo, aquellas afectadas voces, *Patriotismo, Felicidad de la Nacion, Florecimiento del Comercio, y aumento del Estado*, de que es-

Hipocresía fraudulenta de los incrédulos en orden á lo que afectan, desear el bien comun á la sociedad.

este Autor, y otros se muestran penetradísimos en sus escritos, son unos modos capciosos, y fraudulentos, con que astutamente conspiran estos insensatos á destruir una Religion, que es tan opuesta á sus designios, por la perfeccion, y dulce concierto de sus leyes. Con estos pretextos fantásticos, como que todos ellos son refinados políticos, inculcan, engrandecen, exâgeran estas maliciosas máxîmas, que suponen dirigirse únicamente al bien del Estado, y

y son propriamente unas quimeras, supercherías, é imposturas contra la ley de Jesu-Christo. ¿Y cómo no? Los principios que con todas sus palabras enseñan, miran directamente á corromper los ciudadanos, á romper aquellos sagrados nudos, con que se ligan los pueblos á los Soberanos de la tierra, y á trastornar, si les fuese dable, la humana sociedad, reduciendo todos los hombres á una universal sinrazon. Sí, Hermanos mios, eso es lo que intentan estos impíos

píos, quando aspiran á destruir nuestra fe. Sus grandes pasmarotadas en punto de *Patriotismo*, *Estado*, *Nacion*, *&c.* creed que no miran á otro fin; y que los que son enemigos de la Religion, lo son tambien de la sociedad, de las costumbres, del Principado, y de todo lo que es ley, y desinterés; pues aquella misma pluma, con que escriben contra el Santuario, la emplean igualmente contra la nacion, á quien intentan corromper, y no menos contra el Trono, á quien

quien solicitan conculcar. Es certísimo que el derecho *Social*, y *Personal* está tan unido al de la Religion, que nadie podrá arruinar este sin destruir aquel. Por eso aspiran á derribar este muro, contra el qual se estrella su libertinage, no reconociendo otro Dios, que su antojo, ni otra ley, que el cumplimiento de su deseo.

Ved aquí, Hermanos mios, como en un punto de vista, el decantado sistema de los nuevos Filósofos, que vinieron á ilus-

ilustrar el Orbe. ¿No es verdad, que este es el camino (mejor diré el descamino) que deseaban ver franco, y desembarazado nuestras pasiones desordenadas? ¿Podreis negar, que todo él huele á Infierno, y es un puro Infierno? ¿Y no merece este título aquel plan de iniquidad, donde no se encuentra ningun orden, sino un sempiterno horror? No obstante, las voces de este Apostolado de Satanás (ó por mejor decir, *sus depravadas Escrituras*, que

contienen en sí alambicada toda la imaginable malicia) tambien han resonado en toda la tierra; ¿pero qué tierra? Aquella tierra de maldicion, que no está dispuesta sino para espinas de maldades, entre las quales miserablemente se sofocan las verdades mas eternas. Aquella tierra inculta, y endurecida, que, por mas que reciba el grano de la santa palabra, por faltarla el humor suave de la devocion, y el temor de Dios, apenas nace, quando se seca,

ca, y por eso se mantiene esteril. Aquella tierra ocasionada, puesta al pasage de las mundanas diversiones, pisada con las vanidades del siglo, donde no ponen jamas el pie los buenos pensamientos, sino los vanos, y desconcertados: aquella que no tiene otro objeto, que el luxo, otra mira que la deshonestidad, otro deleite que la corrupcion. No aquella tierra agradecida al cultivo, que por uno da ciento generosamente; sino aquella desconocida, é in-

grata, que, no obstante el esmero del Labrador, que la beneficia, ella burla su sudor, porque no coopera, rehusando, por su perversidad, el trabajo que la incomoda. En fin, aquella tierra, de quien dice David, que el Señor la sembró de sal, ó la hizo salada, por la malicia de los que habitaban en ella; y no obstante el que de suyo era fructífera, por su maldad la hizo inutil. Dios con el riego de su sangre, y de su gracia la hizo fertil, y capaz de frutos

tos eternos; pero ella por su maldad se inutilizó, y solo se hizo fecunda de vicios.

Bien conocemos todos por experiencia la severidad del Juez Soberano con esta tierra salobre, ó salitrosa, pues no hay produccion alguna, de quantas salen de su seno, que no sean efectos de este castigo. El grano, que arrojan en ella sus sembradores, es á proporcion de su humor, y por eso en esta siembra siempre es colmada la cosecha, saliéndoles

tan lucido su trabajo, que, sin que sea ponderacion, les sale á mas de ciento por uno. Es mucho iman para los que desean el libertinage, el que les sazonen la doctrina con la sal de los chistes, y del buen estilo. Con esta salsilla lisonjera se ceba el paladar de los insensatos, y entendido esto por sus Maestros (que con el caracter de tales Apóstoles juntan tambien el de bufones), en vez de argumentos, vierten en sus libros chistes, cuentecillos, sá-

sátiras picantes, bufonadas, dicterios, y otras cosas de este jaez, con que reclutan mucha gente, haciéndose plausibles entre aquellos infelices hombres, que S. Pablo llama *Animales*, por estár su corazon tan entorpecido, y embrutecido, que no conociendo otra cosa que la liviandad, y la carnalidad, no perciben, ni pueden percibir las cosas de Dios, ni de la razon, por mas que se les presenten al sentido con la mas clara luz. ¡O desgraciadas gentes!

que al pasar el Jordan de esta vida, quereis pareceros, é imitar aquellas aguas, que corrieron presurosas á el Lago llamado *Asfaltistes* (*), y por ir á buscar las sales iniquas de vuestras vanas diversiones, os separais infelizmente de la Arca de la Alianza, donde están en conserva, no las Tablas de la Ley, el Maná llovido, y el Sacerdocio de Aaron, sino el Legislador mismo, el Maná verdadero, y el Sacerdo-

(*) Llámase el Lago Asfaltistes, Mar salado en la Santa Escritura.

docio de Melchisedech. ¡O desgracia, vuelvo á decir, ó desgracia!

Pero volviendo de nuestra digresion (si es que la ha habido, pues todo lo que he expresado conduce indeciblemente al intento, que me he propuesto) la mayor infelicidad de estos desalumbrados, cuya pintura he puesto delante de vuestros ojos con los mas sencillos colores, no está en que obren así, y escriban así. Su mayor desgracia está en que, sintiendo lo contrario, aparenten,

ten, y finjan ser de ese dictamen. El que yerra ciego de pasion, aunque le quede alguna luz, no es reo de tanta pena, porque no es tanta su advertencia; pero el que conoce la culpa con toda su malicia, y con escusaciones vanas, y disparadas, no solo la quiere disculpar, sino que tambien se avanza á proponerla como un acto de virtud, este, no solo debe tratarse con el mayor rigor, sino tambien ser tenido por un enemigo de la humana sociedad.

dad. A esta clase pertenecen los Filósofos nuevos; y esto es lo que intento haceros ver.

Si la Religion Christiana fuera una Religion obscura, dificil, enredosa, y que padeciese muchas contradicciones, podría ser disculpable el impugnarla, y no abrazarla; pero siendo, como es, tan luminosa, tan facil, tan conforme á razon, y tan justificada en sí misma, que aun los mismos pequeñuelos conocen la santidad de sus Leyes, ¿quién disculpa-

Los Incrédulos no asienten, ni pueden asentir á lo que enseñan.

pará la pertinacia de los que, á vista de tantas luces, se resisten á su doctrina? ó por mejor decir, ¿quién creerá, que hablan de veras los que dicen que no la creen? Yo juzgo, amados mios, que este es el mayor daño de estos desgraciados hombres, que así obran contra el estímulo de la razon. Haced memoria del plan de doctrina, que dexo referido, como produccion de esas cabezas sin sesera, y almas abandonadas al libertinage, y á la sensualidad, y

y confesadme de buena fé, si os persuadís, ó no á lo mismo que yo. ¿Cómo es posible, que aquel paralelo impío, que hacen de la Iglesia con el Serrallo, y del Alcorán con el Evangelio, sea parto proprio de una alma engañada, y que por error, ó preocupacion juzgue esto verdad? ¿Será dable, que, hablando sencillamente, una Congregacion tan pura, como la Iglesia Católica, sea comparada, y puesta en parangon con el Serrallo de Turquía? ¿Habrá en-

ten-

tendimiento, por estúpido que sea, que entre el Evangelio, y el Alcorán pueda hallar alguna semejanza? ¿Podrá haber paralelo entre un libro divino, y un libro diabólico? ¿Entre un libro, que contiene los mas sabios reglamentos, y un libro, que encierra en sí los mas solemnes disparates? Bien veo, que los de estos infelices Caudillos, si cabe, los tienen todavía mayores; pero mi empeño es probar que ellos mismos no creen lo que enseñan. Co-

Conocen, que, diciendo lo que dicen, ha de ser infelíz su destino; pero no quieren irse solos al Infierno. Bien saben que son malos; pero se avergüenzan de ser únicos, y por eso desean que haya muchos. A mas de esto el ser Gefes de Secta, es un honor para ellos muy estimable; y á trueque de conseguirlo, es preciso sufrirlo todo. Lo menos son los destierros, que han padecido en varios Paises (pues Rosó, y Volter apenas han cabido en alguna par-

parte de la Christiandad). Lo mas portentoso, á mi ver, es el sufrimiento del descrédito; y que, por llevar su tema adelante, sufran el baldón de ser llamados por todas las gentes de juicio seductores, embusteros, deshonradores de la humanidad, corruptores de las buenas costumbres, impíos, fundadores de la irreligion, y otros semejantes epitectos, que de justicia les convienen por su infame, y fanático proceder.

Ellos se apellidan (por so-

solo su capricho) Protectores, y Garantes de la humana Sociedad, y á este fin blasonan, que dedican todos sus sudores, y sus producciones. Pero, Hermanos mios, si os acordais de su doctrina, segun os la propuse, ¿no conoceréis que esto es una mera apariencia? A la verdad, si por desgracia del Mundo se introduxera en él la regla que prescriben, pobre Mundo! Si toda su conducta girase únicamente sobre el *deleite*, y el *interés*, ¿dónde iría á parar

Quál sería el Mundo si se estableciese en él su doctrina.

la Sociedad? Entonces no habría Soberanos, porque no habría sujecion: no habría reos, porque no habría Jueces; ó no hubiera Jueces, porque todos serían reos: no habría pudor, porque no habría castidad: no habría hurtos, porque no habría justicia: no habría engaños, porque no habría verdad: no hubiera maridos, porque no habría mugeres ciertas: no habría Patriotismo, porque no habría Patria: no habría Estado, porque no habría sociedad: en fin, no ha-

habría República, porque no habría orden; ni habría concierto, porque todo sería un burdél. Estos serían los efectos del Plan dichoso, que intentan introducir en el Mundo los nuevos Catedráticos de maldad: esto es lo que llaman *belleza de espíritu*: esto es lo que bautizan con el nombre de *ilustracion*: á los que así piensan llaman por antonomasia *espíritus fuertes*, *hombres iluminados*, *promotores de la sociedad*; en vez de decirse *Apóstatas*, *corruptores del Chris-*

tianismo, obscurecedores de la luz, perversores de las almas, y fundadores de la mas asquerosa disolucion. De justicia merecen estos dictados por el gran proyecto, que han seguido, y siguen, de trastornar así el Mundo con su doctrina, poniéndolo fuera de toda Ley, y solo comparable con el mismo Infierno en el desorden, en la confusion, y en todas las demas resultas, que de este capricho necesariamente se habian de seguir, una vez que sus máximas, por suma

ma desgracia de los hombres se llegasen á plantificar en él.

Por el contrario, ¡qué jardin tan delicioso sería este mismo Mundo, si se obedeciesen en todo él las Leyes de la Iglesia, y todos se arreglasen á lo que prescribe el Evangelio! Esta ley inmaculada, que convierte las almas, ¡en qué orden no pondría todas las cosas! La caridad, que como dice S. Pablo, es la mayor de todas las virtudes, ¡quánto brillaría en todas las gentes! ¡quán-

Quál estaría el mismo Mundo, si se observasen puntualmente las máximas santas de nuestra Religion.

to hermosearía el Universo, y quán alexadas estarían de él con sus influxos las perturbaciones, las discordias, y todo quanto pudiese dañar á los mortales! Cada uno guardaría sus límites. Ninguno perjudicaría los fueros de otro. Todos estarían contentos con su suerte. No habría envidias, ni litigios injustos. Todos serían pacientes, dulces, afables, benéficos, ajustados á la razon, liberales. No habría ambiciosos, soberbios, hinchados, ni esquivos. Ninguno

guno buscaría su propio interés. Ninguno pensaría mal de otro: no habría murmuradores: todos se contendrian en sus juicios, pensando siempre bien de sus hermanos; ó escusarian sus faltas, ó se mostrarian sufridos en ellas: con esto jamas se enojarian, ó encolerizarian; y no siendo para nadie presuntuosos, ni impacientes, todo lo llevarian con humildad, y lo escusarian con amor, sujetos siempre á esta suavísima Ley, que trahe impreso en sí misma

el sello hermoso de su Autor. Por eso el mismo S. Pablo, que describe así la caridad, añade, que todos los preceptos de esta santa Ley, mirada bien su materia, se vienen á reducir á este (*). Y así, *no adulterar*, *no matar*, *no hurtar*, *no mentir*, *ni calumniar*, *no desear la muger agena*, y todos los otros, que son proprios de nuestra Religion, sin duda están resumidos en este solo mandato de la caridad; de

(*) Epist. ad Rom. cap. 13.

de suerte, que el que ama á su próximo como á sí mismo, y cumple en esto exâctamente la voluntad del que así lo ordena, ha cumplido toda la Ley, y no le queda mas que hacer.

Pero pregunto, Hermanos mios, ¿y al Mundo le quedaba tampoco mas que desear? Si la Ley de Christo en todo él se practicase así, ¿mas que Mundo, no se debería llamar Paraíso? Verdaderamente lo fuera; y no puede haber mayor honor para nuestra santa Religion, que poner unos man-

mandatos, cuya práctica traherία al mundo una completa felicidad. Y á vista de esta evidencia, ¿podrá alguno persuadirse á que estos desalumbrados hombres hablan de veras en lo que expresan? ¿Podrá haber racional, que se desentienda de tanta luz? ¿Se dará sugeto de razon, que no aplauda esta conducta? ¿No dá ella misma á entender que es toda del Cielo, y baxada del Cielo? Los dos Polos, en que se funda, quales son, segun el Eclesiástico (*), obrar el bien,

(*) Eccles. 45. v. 1.

y no hacer mal, ¿no son una clara idea de su rectitud? Luego los que por capricho la reprueban, y prefieren á ella sus máxîmas de iniquidad, por mas que se jacten de su doctrina, y se muestren incrédulos á la nuestra, siempre debemos juzgar, que esta incredulidad es afectada, y que en su interior, mientras con tanta furia nos impugnan, están persuadidos contra lo mismo que aparentan. Por eso dixe al principio, que todas sus máxîmas, aunque tan

decantadas, son una mera ficcion, y que, por mas que ostenten estos Libertinos, siempre seré incrédulo de la misma incredulidad. Quieren conservar, como he dicho, el honor de Gefes de Secta, y esta ambicion les hace pasar por todo, haciendo que no ven aun la misma luz del Sol. Hacen nuestras almas como de brutos, porque quieren vivir con el desenfreno de caballos. Niegan que hay Dios, porque no quieren tener quien los castigue en sus excesos.

Los

Los que dicen que hay Dios, le escasean la providencia, porque, siendo en sus obras tan culpables, no les está bien que tenga con ellas cuidado. En fin, como los únicos fundamentos, en que estriba esta nueva Religion, son el *placer*, y el *interés*, se hace preciso que sus Autores no quieran que haya otro Mundo, ni que el alma del hombre tenga la qualidad de inmortal. Pero, Hermanos mios, presto vereis su sinrazon; sino es que ya la habeis visto, como creo,

por

por lo que llevo expresado en orden á el modo de pensar de esta gente infelíz.

SEGUNDA PARTE.

Ciérranse con separacion á los Impíos sus quatro caminos.

DE LOS ATEISTAS.

Quatro son, como ya os he expuesto, las clases de Impíos, que combaten la Religion revelada, y con el mayor ardor, que pueden, solicitan su ruina. Ateistas, Deistas, Naturalistas, y Materialistas, todos van á un fin, aunque por diversos rumbos. Ya os los he explicado; pero ahora es preciso volverlos á explicar. Empecemos por los Ateistas. Estos dicen redondamente que no hay Dios; pero David advierte, que esta expresion no es del juicio, ni del proprio sentir, sino solo de la voluntad, que desea no lo hayga, porque la asusta el temor de que haya quien condene su desreglado proceder: *Dixit insipiens in corde suo* (*).

(*) Psalm. 13.

El

El entendimiento del hombre, por estúpido que sea, no puede dexar de conocer la primera causa, ni puede haber oidos tan sordos, que no oygan las voces del Cielo, que están continuamente pregonando su poder; y así los que dicen otra cosa, ó aparentan sentir lo contrario, no hablan con sinceridad. Es verdad, que para ello trahen sus argumentos; ¿pero qué argumentos? Unos sofismas despreciables, que ya há mil tiempos, que están desatados por Santo Tho-

Thomas (*). Este gran Doctor dexó reducidos á ceniza todos los sofismas, ó argumentillos despreciables de los nuevos Filósofos; pues, aunque no vivió en el siglo de la luz, con el resplandor de su ciencia es la luz de todos los siglos, y á todos ellos estará siempre dando claridad, para que no nos sorprendan las falacias de estos, ó semejantes Operarios.

Bien que en el punto

(*) S. Thom. *Lib. contr. Gent. c. 15. & alibi.*

presente solo se dexará sorprender el que quiera: porque la exîstencia de un Dios es tan obvia, y tan perspicua, que el contradecirla, ó dudar de ella, es propriamente negar la misma razon natural, que por sí misma la afianza. Una leve contemplacion, una ligera vista de las cosas del Cielo, y de la tierra, basta para conocer el poder, y la sabiduría del Hacedor, y no es menester para eso ser Católico. Fue pensamiento sabio de Aristóteles, ilustrado, y exôrnado por

por el gran Tulio, que si un hombre se criase hasta determinada edad en el centro de la tierra, y luego de repente lo pusiesen sobre la superficie, habitada por nosotros, al volver los ojos acá, y allá, y ver esta hermosa máquina del Mundo, el mar, la tierra, el Cielo: al observar la belleza, y magnitud del Sol, la sucesion nunca interrumpida de dias, y noches, ocasionada de su ausencia, y de su presencia, la claridad de las estrellas, así errantes, como fixas,

La misma luz natural demuestra, que Dios es el Autor de todas las cosas.

las mutaciones de la Luna en sus crecientes, y menguantes, la diversidad de los astros, unos mayores, y otros menores, la fuerza admirable de los vientos, y en fin los perenes, y constantes giros de los orbes, sin duda este nuevo habitador del mundo quedaria espantado de la novedad; y al ver cosas tan portentosas, sin titubear, ni deliberar un punto, se iría derecho al Hacedor de todo, considerando con su razon natural, que tanto orden, tanta belleza, y tanta brillantez, no podia existir sin un principio altísimo, que le hubiese dado el sér, y la perfeccion (*). Tal es el modo de pensar de estos dos Gentiles, y tal es tambien el de los Escritores Sagrados: pues en los mismos términos se explican así el hijo de Sirac, como el Apostol de las Gentes, diciendo el primero, *que la alteza del Autor se reconoce por la grandeza de su hechura* (**); y el segundo,

 que

(*) Cic. *lib.* 2. *de Natur. Deor. c.* 37. (**) Sap. c. 13.

que lo invisible de Dios se ve por lo que exteriormente quiso hacer (*). Y á la verdad, Hermanos mios, ¿qué espejo mas claro puede darse para registrar los atributos, y perfecciones del Ser supremo, que esta turba hermosa de criaturas, que produxo, donde quanto mas se mire, y se remire, quanto mas se ahonde, y reflexione, como haya una razon despejada, y no preocupada, tanto mas se hallará que ver, y que reconocer, admirando siempre la belleza, y

(*) Ad Rom. c. 1.

y soberanía del Autor?

Aun no es necesario recurrir á tan grande objeto para formar este discurso, tan preciso en quien tiene algun rayo de luz: basta la estructura del cuerpo humano, que es otro clarísimo espejo, donde con admiracion se descubre la belleza del primer sér; y así dixo Galeno en el libro que escribió *del uso de las partes del cuerpo humano* (*), que

(*) Gal. lib. *de las partes del cuerpo humano.*

á vista del artificio, armonía, y proporcion, con que están colocadas en él todas las partes de que se compone, la obra en que esto se representa, se describe, y menudamente se hace ver, es para gloria del Hacedor un cántico, ó himno mas armonioso, que todas las cítaras; y una ofrenda de mayor loor, y alabanza, que los inciensos, y la sangre de todos los Ecathombas (*). Hablando del Universo todo, ya dixo Lu-

(*) Nombre de sacrificios gentílicos.

Lucano, que era un poema de la Deidad: *Poema Dei*; porque el metro, y concierto, que guardan entre sí todas las criaturas, forman una consonancia tan admirable, y una composicion tan perfecta, que, para elogiar al Criador, no puede idearla igual toda la luz de la humana Poesía. Con todo eso la fábrica del cuerpo humano, atendido su arte, y su preciosidad, no es menos adequada, ni menos propria para la alabanza de su Criador. Él es un Mundo pequeño, como

mo lo llamó S. Gregorio el Magno; pero formado con tanta ingeniosidad por el que lo hizo, que en su misma pequeñez descubre su grandeza, y dá muy bien á entender, que semejante obra pide un poder sin limitacion.

Esto hace mas inexcusables á los Ateistas de este siglo, que lo eran los del tiempo de Galeno; pues como ahora la Anatomía está tan adelantada, son imponderables las cosas hasta aquí no sabidas, que en el cuerpo animal se han lle-

llegado á discernir; y sus sabios Profesores, á quien toca manifestar los oficios, y los fines, á que las partes nuevamente descubiertas se ordenan, hacen ver por un modo muy perceptible, que las tales partes son de tal figura, consistencia, estabilidad, magnitud, y demas circunstancias necesarias para las funciones á que Dios las destinó en su formacion, que descompuesta, ó desordenada qualquiera de ellas, aunque fuese la mas mínima, sin la menor dila-

lacion se seguiría el desconcierto de toda la máquina, y tal vez una ruina total. (*) Pregunto yo ahora, Hermanos mios, ¿y la formacion de una obra tan artificiosa no pide esencialmente ser efecto de una Omnipotencia? Si Galeno, que no era tan diestro Anatómico como los que se usan ahora, tuvo por un himno proprio de Dios la descripcion que hizo del cuerpo humano con muchas me-

(*) Nada convence este asunto como lo que dice el V. P. Fr. Luis de Granada en el Símbolo de la Fé.

menos partes, que las que en el dia se saben, ¿cómo los que no ignoran la nueva Anatomía, en vez de hacer á su imitacion himnos, y cánticos á la Deidad, con tanto desden la desprecian, y en lugar de alabarla, la anatematizan, y contradicen? La sinrazon está bien clara: la razon nunca se podrá encontrar. Bien dixo Varron (*) que no hay disparate, ó delirio soñado por algun enfermo, que no haya sido

(*) Varron in Fragment.

do opinion de algun Filósofo. Pero los que no hallan diferencia entre el bien, y el mal, el vicio, y la virtud, no es mucho que no conozcan á Dios, ni el que nieguen tan ciegamente la necesidad del primer sér. Pobre siglo de las luces, si no tuviera otras que las que le dan estos alumbradores, que no dan luz sino para precipitarse, ni enseñan otra cosa, que lo que guia á la corrupcion. Ellos son voluntariamente ciegos, y guias de otros ciegos.

Con todo presumen haber

ber encontrado la verdadera felicidad, hallando el modo de deshacerse de Dios, y no dar lugar en el Mundo á aquel Ente Soberano, de quien todas las cosas dependen, y tienen su sér. ¿Mas de qué manera? Diciendo, que este primer Principio para nada sirve: que es enteramente inútil para la formacion del Universo en la forma que le vemos; y que para la produccion de las criaturas, que lo componen, y adornan, no es menester mas causa que el *azar*, ó la casual combinacion

cion de las partículas de la materia, que ellos juzgan eterna. Por *acaso*, pues, ó por casualidad se formó todo lo que se presenta á nuestra vista, y no es menester mas Deidad, para que las cosas tengan ese hermoso sér, que admiramos en ellas. ¿Y no os pasmais, Hermanos mios, de que esto digan hombres racionales, y racionales alumbrados? Ved aquí el sistema de Epicuro (*), y de los Atomistas, que ya estaba se-

(*) Elvecio *lib. del Espíritu, discurs. 3. cap. 9.*

sepultado en el olvido, resucitado, y renovado ahora por los Filósofos nuevos, ilustradores de todas las gentes. Muy adelante va el que se echa el alma atrás; porque ¿quién ha de detener al que prostituye la conciencia? No es digno de ser impugnado este disparate, porque él por sí mismo se arruina; y no creo que haya hombre, si es de una capacidad mediana, que no lo repute al oirlo, por un sueño de despiertos, ó por una especie de fatuidad, con que estos insensatos se quie-

ren mofar de la misma naturaleza. ¡Válgame Dios, y qué poder tan grande es el del acaso! Segun lo pintan estos Libertinos, él tiene por casualidad, ó por azar, todo lo que conviene á Dios por esencia, y por la perfeccion de su sér. Para hacer todas las cosas que vemos en el Mundo, es necesaria una sabiduría infinita, un poder sin límites, una prudencia suma, y todas las demas perfecciones, sin las quales era imposible, que existiese el Universo en la forma,

Ironía oportuna sobre el Acaso, ó Azar.

ma, orden, y perfeccion, que se manifiesta: con que este, que llaman *acaso*, sin duda tiene todos estos dotes, y consiguientemente está adornado de quanto es menester para ser Dios, y presumir de Superior.

No obstante, es de reparar, que siendo su poder tan absoluto, y sin límites, como que él formó todas las criaturas, esté ahora tan ocioso, que no produzca nada, ni haga ver con alguna obra nueva los alcances de este poder. ¿Es posible, que todo lo quiso

hacer entonces, y que no dexó nada para ahora? ¡Qué no nos permita el ver siquiera la formacion de una hormiga! ¡Al principio estuvo tan pródigo en formar Cielos, Tierras, Mares, Rios, y todos los demás entes admirables, que alegran nuestros ojos, y nos sirven de socorro, y ahora ha de estár tan escaso, que no hemos de tener el gusto de ver formarse de repente un perro, un páxaro, ó una mosca! ¿Por ventura no exîsten aún las leyes del movimiento?

to? ¿Se agotó ya la virtud *Centrífuga*? ¿Perdió ya su fuerza la decantada ley del *Mínimo*, que tanto agradó á *Maupertuis*? ¿Y la atraccion Newtoniana dónde está? Las partículas de la materia, de que se forman los entes, siempre son las mismas, y sin la menor resistencia aprontarian su virtud, siempre que este duende del *acaso* las quisiese modificar, escogiendo para ello de tan varios sistemas, como se han discurrido, aquel, que entre todos le pareciese me-

jor: ¿Pues cómo no lo hace? ¿En qué halla la dificultad? Por átomos á la verdad, no queda, pues bastantes giran, y vuelan por el viento: con todo en nuestros dias no quiere el *azar*, ó el *acaso* combinar estas partículas, para hacernos ver una tramoya de estas, que á la verdad sería un espectáculo de primera invencion, y para el gusto comun el mayor, y mas portentoso que se podia desear. ¡Ah, Hermanos mios! lo que puede un capricho, ó un empe-

peño, especialmente en los hombres de esta estofa! Bien dice Pedro Bayle, (*) *que sin un cierto grado de fuerza en la alma maniática, no puede esta ser Ateista.* Pero él, y sus compañeros han probado muy bien en sus obras, que llegaron á este grado. La fuerza de él los constituye *espíritus fuertes*; aunque como dice Aristóteles, (**) (ó qualquiera que es el Autor de aquella

(*) Pedro Bayl. *Diccionar. Histor, Crit.*

(**) Arist. *lib.* 1. *Eth. cap.* 3.

Grande Moral, que se atribuye á él) mas bien los declara insensatos; porque los que así pierden el temor á Dios, no merecen otro nombre, que el de locos.

DE LOS DEISTAS.

Igual honor es debido á los Deistas, lobos de una misma camada, y afrecho de una misma molienda, pues todos se dan la mano para la disolucion, y todos conspiran al fin de ser aclamados en el Mundo por consumados Maestros de

de la impiedad. Para esto tanto conduce un Dios sin providencia, como el que de hecho no haya Dios. Un Dios, que no fuese próvido de sus criaturas, sería un Dios descuidado, un Dios dormido, y un Dios indolente para ellas. No pensaría en su direccion, no sentiría su perdicion, y consiguientemente tanto se le daría por su bien, como por su mal. De aquí se infiere, que este Dios carecería de muchísimas perfecciones; porque ni sería justo, ni santo,

Varias razones, con que se hace ver la fatuidad de este sistema.

to, ni prudente, ni misericordioso, y por consiguiente le faltarían unos atributos, que son indispensables para constituir un Ente infinitamente perfecto, qual Dios debe ser. Ya veis, amados mios, que esto repugna á la razon, y que un Dios, como lo quieren estos Libertinos, sería un Dios, como si no fuese. Sería un Dios, como aquellos de madera, ó de barro, de los quales dice David, que tienen ojos, y no ven, tienen oidos, y no oyen, tienen labios, y no

no hablan, tienen pies, y no caminan, tienen garganta, y no clamorean, tienen manos, y no palpan. Ved, qué buen Dios sería para nosotros aquel, á quien faltase un atributo tan preciso para el gobierno del Mundo. Buenos estaríamos con un Dios, de quien no hubiese que esperar, ni que temer: que no pensase en premiar, ni en castigar, y que siempre estuviese en una total inaccion, puesto en su altísima atalaya del Cielo, mirándolo todo con indiferencia.

¡Que

¡Qué monstruosidad tan extremada, y tan indigna de un Dios! ¿Cómo ha de faltar providencia para gobernar, á quien tuvo poder, y beneficencia para producir? Si aun los irracionales, despues de haber engendrado, y parido sus hijos, vemos, que tienen tanto cuidado con ellos: que se emplean con tanto esmero en su conservacion: que ponen tanto cuidado en su crianza: que los defienden de sus enemigos, aun á costa de su quietud, de su descanso,

so, y de su misma vida, exponiendo esta á los mayores riesgos, y aun privándose de su proprio comer, ¿cómo hemos de imaginar, que Dios abandone así lo que ha producido, y que sea tan descuidado en conservar las obras de sus manos? El modo admirable, y orden prodigioso, con que las crió, y dió el sér, que tienen, expresan claramente el altísimo fin, que se propuso para producirlas, y que quando las sacó de la nada, no fue para abandonar-

narlas, y hacer tan poco caso de ellas. ¿Será creible, que aquel Dios, que tanto se esmeró en sacar completas sus obras, dándolas un sér tan perfecto, habia de tener corazon para dexarlas de su mano, descuidar en su gobierno, y abandonarlas á un lamentable precipicio? ¿Ha de ser menos diligente este Dios para velar sobre los hombres, que lo es una gallina para cuidar de sus pollos? ¿Qué ocupacion puede tener Dios en el Cielo, que le impida cui-

cuidar de la tierra? Si Dios fuese capaz de ocuparse por alguna cosa, ya no sería Dios; y como el gran Tertuliano observa, (*) si algo puede haber que lo ocupe, es el hombre.

Decidme ahora, Hermanos mios, ¿unas verdades tan claras pueden caer baxo de duda? Aunque me pongais el hombre mas fanático, será capaz de repugnarlas, ó desestimarlas? Aun el Filósofo de Ginebra,

(*) Tertul. sobre aquellas palabras del Génesis: *Faciamus hominem ad imaginem, & similitudinem Dei.*

bra, *aquel hombre de muchos siglos* (que sabe usar de toda su generosidad para honrarse) en su libro famoso llamado *el Emilio*, confiesa que el mundo es gobernado por una voluntad poderosa, y sabia. Y aunque luego desatina en la Carta que escribió al Sr. Arzobispo de París (*), y mucho mas, si cabe, en el mismo libro *del Emilio*, diciendo cosas muy opuestas á lo que antes habia propuesto, quales son, v. gr. que

(*) Carta al Sr. Beaumont, pag. 70.

que la materia es eterna: que á él no le importa el que lo sea tambien el Mundo: que su principio sea uno, ó sean mas, y otros disparates semejantes, todos entre sí contrarios; de hecho al fin confiesa, y afirma, que es una voluntad sabia, y poderosa la que lo gobierna, lo qual es imprescindible de que Dios tenga una providencia soberana, con cuyo atributo disponga, y ordene sus criaturas, segun el fin que destinó á cada una. Pero no puedo pasar en si-

Rosó contrario á sí mismo.

I len-

lencio (porque todo conduce al comun desengaño) la variedad monstruosa de este Filósofo, y la rara intrepidez, con que en menos de quatro lineas se contradice á sí mismo. Por una parte confiesa, que es muy sabio, y poderoso este Dios, que gobierna la máquina mundana; y por otra dice, que no le incumbe el que sea hecha en tiempo, ó que sea eterna. Ya afirma absolutamente, que es una, ó única esta voluntad gobernadora, ya expresa no serle de im-

importancia el que sean dos, ó mas los Principios, que rigen el Mundo.

¿Qué es lo que hemos de creer en las afirmaciones de este Filósofo, amados Hermanos? Digo (y no os escandaliceis) que en este punto hemos de creer lo mismo que él. Él cree para sí, que Dios tiene todas las perfecciones, y atributos, que son proprias de un sér increado, principio, y fin de todas las cosas, como nos enseña la fe de la Iglesia; pero al mismo tiempo conoce,

que su sistema impío es un sistema de mentira, para cuya sostenencia es indispensable circunstancia el contradecirse á sí mismo. Sabe muy bien, que sus sectarios todo se lo pasan, y que como autorice el libertinage, que les ha enseñado con sus obras, y dé campo ancho á las pasiones, estableciendo doctrinas al gusto de los apetitos, lo de menos es el dispensarle en bagatelas como esas, quales son, el que ya esté por el *no*, ya por el *sí*: ya diga, que haya en Dios

Dios una voluntad, ya diga, que hay dos: ya que hay providencia en Dios, ya que no la hay: ya que fue criado el Mundo, ya que es eterno el mismo Mundo. Pero salgamos ya de estos enredos, y vamos á otros, que si han sido grandes los de los Ateistas, y Deistas, no son menores los de los Naturalistas, y Materialistas.

DE LOS NATURALISTAS.

Los penúltimos, que acabo de nombrar, son, segun el orden, los que

ahora se siguen entre los Enemigos de nuestra Fé: quiero decir, los Naturalistas. De los dos antecedentes Gremios ya hemos manifestado el caracter, y tambien el motivo de sus desvaríos, que, ó es un funesto trastorno de la razon, ó un porfiado empeño de fingirse engañados, y engañar. ¿Y podré persuadir lo mismo de los Naturalistas? Si atendemos á la corteza de sus dicharachos, no oiremos de ellos otra cosa, que sabiduría, y razon. La Teórica mas sublime acerca de la Divinidad, y de nuestra alma, la Moral mas pura para arreglar las costumbres, son todos los tesoros de su mente, y los dictados pomposos de su Religion. La razon sola es, para guiarla, el oráculo, no solo suficiente, sino infalible. Qualquiera cosa, que no salga inmediatamente de esta *Docta Minerva* (así la nombran en su Diccionario) todo es locura, todo fatuidad, todo supersticion. Zelosos por tanto de sus proprias

Escandaloso modo, con que explican los Naturalistas su sistema impío.

luces, como si estas se hubiesen de apagar con e resplandor soberano del que todo lo sabe, y todo lo puede, quando se habla de los Misterios, y de la Revelacion, todos se alteran, y conturban; tomando unos el empeño de impugnarlos, aunque con razones bien flacas, y falaces, y otros el ardid de darlos al desprecio, usando de sofismas, y de artificios. Un tan raro modo de proceder, dicen los Naturalistas, que es muy conforme á razon; pero esto se

se entiende, á la suya, trastornada, y ofuscada con las obscuras sombras de la impiedad.

Aun no paran aquí estos Impíos con su doctrina. ¿Qué es (preguntan ellos) lo que ha inundado toda la tierra de errores, sino la Revelacion? Sobre esta especiosa divisa se ha persuadido á Naciones enteras la multitud de opiniones, las mas locas, la práctica de las acciones mas nefandas, y la creencia fatuísima de las mas vergonzosas supersticiones.

To-

Toda Religion (prosiguen) ostenta muy ambiciosamente sus oráculos. Los Judíos, los Christianos, los Mahometanos, pretenden, que su doctrina les es revelada del Cielo. A lo menos dos de las expresadas Sectas ciertamente son impostura: y, qualquiera de ellas que se abrace, es cierto, que la razon, precioso don del Cielo, viene á quedar inutil, estando prohibido á el hombre exâminar lo que es revelado, aunque repugne á la razon misma, y al buen sen-

sentido. Luego teniendo á nuestra frente tantas veredas inciertas, que acaso todas guian al despeñadero, sigamos (dicen por conclusion) la que muestra la razon natural, que es única, que es primera, que es sencilla, y que no puede errar, una vez que se guie por su luz.

Ved aquí, amados Hermanos, el monstruo disforme, que pare la desatinada razon de estos Naturalistas modernos. Confundir perpetuamente la Religion, y la supersticion: ha-

hacer comun la causa de Mahoma, y la de Jesu-Christo, y poner en una misma clase, ó grado, el Evangelio, el Talmud, y el Alcorán, para poder despues comprehenderlo todo en una misma burla, en un mismo desprecio, y en una misma impugnacion. Las Cartas Persianas, las Turcas, las Judaycas, las obras de Mr. de Voltér, y del Marques de Argens, no contienen otra cosa, que estas vanidades, y modos de hablar, todos dirigidos á hacer despreciable nuestra

tra Religion. Pero yo quiero preguntar al que esto lee, ¿si este tenor de explicacion es parto proprio de la sabiduría, ó de la locura? Sin duda los que así piensan son mas necios, que aquel, que, porque hay de ordinario muchos Monederos falsos, desechase todas las monedas por fingidas. Pero exâminemos esto con alguna reflexîon, aunque sufrais la molestia de volver á leer algo de lo que ya queda dicho en esta Pastoral: bien que procuraré ser conciso,

pa-

para no causar fatiga; pues ordinariamente, segun vemos, las largas composiciones son esquivadas de los perezosos: y yo estoy muy seguro de que lo que voy á poner en compendio, como fundamento de nuestra Religion, es tan eficaz, que el que con ello no rinda el juicio, ni con un tomo de á folio lo querrá rendir. Si esta materia se tratase por extenso, se abultaría demasiadamente este tomo, y acaso sería necesario otro. Esto causaría tedio, y tal vez me ex-

expondría á malograr todo el trabajo. En esta consideracion se podrá decir, que mas vale lo poco, que lo mucho: y así prefiramos lo breve, que es lo que mas se apetece. Habiendo tanto escrito sobre este punto, bastará ahora un rasgo, como sea bien dado. Vamos pues á ello.

Que Dios, Óptimo, Máxîmo, pueda revelar á los hombres una Religion, que contenga en sí unas verdades, superiores á la luz, y fuerzas de nuestra mente, y unos modos prácticos,

Demuéstrase brevemente la existencia de la Revelacion.

ó determinadas ceremonias, con que establecer un culto, por el qual quiera ser honrado de los hombres, ¿quién lo podrá negar sino aquel, que, queriendo parecer ciego á presencia de la mas clara luz, tenga osadía para decir, que no hay Dios? Pero en esto ya no tengo que añadir; porque con lo que queda dicho, os juzgo bastantemente instruidos; y aun, segun estoy asegurado de vuestra christiandad, conozco claramente, que ni aun eso habiais menester. Va-

Vamos pues adelante; y supuesto lo primero, el que Dios efectivamente haya hecho esta revelacion, el hacéroslo visible es todo el punto de la presente dificultad, en el que yo quisiera proceder sin molestaros demasiado; esto es, diciendo lo suficiente, para vuestra ilustracion, y no extendiéndome de manera, que tuviéseis mucho que leer. El único modo de lograrlo es, como ya he dicho, reducir el asunto á un breve compendio: espero, que

Dios me ha de ayudar con su auxîlio.

Si haceis memoria de lo que dexo dicho en la primera parte de esta Carta, conocereis, que la verdad de nuestra Religion está afianzada con tan singulares caractéres, y con tan sólidos fundamentos (mayormente si se caréa su rectitud con la opuesta injusticia) que llega á un grado de certeza, superior á toda desconfianza humana: y si á mas de esto, se propone nuestra doctrina con la escolta de un conjunto de demonstraciones, cuya fuerza irrefragable, aun considerada cada una de por sí, la acredita de Divina, ¿quién ha de dudar de su verdad, y que de hecho esta es la Religion, que Dios reveló, con el fin de que con ella, y por ella fuese alabado, y venerado como tal? ¿Pues qué será, si se juntan todos sus caractéres con el encadenamiento, y conexîon, que tienen, no solo entre sí, sino tambien con su primer principio, de donde trahen el origen? A

la verdad, puesto Dios por Autor de nuestra Religion, todos ellos hacen un eco muy armonioso, y agradable: todo se explica bien, y todo se entiende bien. Quitando esto, todo queda en el ayre, y no hay discurso, que conciba á quien pueda atribuirse una produccion tan prodigiosa, que por su singular estructura, y primor, no hay hombre, que la pueda comprehender, quanto mas idear, ó plantificar. Es muy poca cosa nuestra razon endeblísima, y limitadísima para

ra una fábrica tan ingeniosa; y si no se pone á Dios por Autor de ella, será preciso decir, que es una obra sin Autor.

Ya veis, Hermanos mios, que este es un desatino mas que de marca. Pero de confesar á Dios por Artífice único de nuestra creencia, ¡qué satisfaccion, y qué quietud se sigue á nuestro entendimiento! ¡Qué consolacion á nuestro espíritu, de creer á Christo muerto, y resucitado! Esta fe, que es infinitamente mas cierta que

toda la historia, nos asegura en él una nueva alianza, y convertidas á Dios todas las Gentes por la predicacion de su Evangelio. Al mismo tiempo vemos confirmada su doctrina con el resplandor de innumerables, certísimos milagros, y sostenida con la sangre de millones de Heroes; llevado su nombre hasta los últimos confines de la tierra, y venerado aun en los Paises mas incultos del Mundo. La obra en sí misma era la mas milagrosa; porque era contra-

traria á la corrupcion de los corazones, y la mente no estaba dispuesta para recibir la integridad de sus leyes. Los obstáculos eran los mas poderosos, y los medios para promoverla al parecer del juicio humano, los mas ineptos. No obstante, el suceso fue tan feliz, y durable, que en el dia son nuestros mismos ojos fiadores indubitables de este blason. Y la mayor maravilla es, que todo este bello plan de sucesos, hasta la circunstancia mas mínima, por el

curso de quarenta siglos fue antecedentemente vaticinado; siendo digno de la mayor admiracion, que los Oráculos, ó profecías de estos acaecimientos aún exîsten hoy en los libros, que conservan cuidadosamente nuestros mayores enemigos. Siendo pues este sistema compuesto de fenómenos, no solo maravillosos, sino tan bien unidos, y concatenados, se infiere claramente, que su Autor es de un sér Omnipotentísimo, y simple, que tiene traza, y poder para idear

idear tal empresa, entablarla, y hacerla facil: este no puede ser otro, que Dios: luego Dios, y no otro, es el Autor de la Religion Christiana, que nos manda creer nuestra Fé. (*)

Ved aquí en pocas palabras toda la razon, en que se funda; y si os ateneis á la fuerza de este argu-

(*) El que no se contente con esta razon en la forma que va compendiada, puede leer la Pastoral del Sr. Arzobispo de Leon, que de nuevo recomiendo, y tambien el Catecismo de las Gentes de bien, que igualmente es obra utilísima para el mismo fin; y ambas obras se venden en la Corte.

gumento, que á la verdad no puede estar mas claro, ninguna os harán todos los que os propongan los Libertinos. Facil me fuera el probar con individualidad cada una de las partes de que se compone esta induccion; pero á mas de que esto ya está hecho, y practicado por muchos, me hago el cargo de que el que no se convenza con lo que va expuesto, con nada se podrá convencer; porque en el tal, no gobernará la razon, sino la pasion, y para esta no hay ar-

argumento que haga fuerza. Tan bien como nosotros saben estos infelices las razones con que se les arguye; pero esto no obstante, se mantienen en su desgarro, porque han hecho empeño de que los domine la ceguedad, y mantenerse voluntariamente en su error. Bien saben, que si se duda de las pruebas de nuestra fe, nada hay creible en esta vida, y consiguientemente se perdió de un todo la fe humana: bien conocen, que va á pique toda la autoridad de la

la Historia, si se desestima la que confirma nuestra creencia: porque está tan enlazada con todas las de la antigüedad, y con las de todos los siglos, hasta nuestros dias mismos, que el poner en ella algun dolo, sería destruirlas todas. Con todo eso, se mantienen en sus trece, y prosiguen desatinando, sin hacer novedad. Los Autores, que han escrito en defensa de la fe, respondiendo á las falacias futilísimas de estos Libertinos, son muchos, y singularmente sabios:

bios: no obstante Mr. Paschal, citado, y aplaudido por el gran Voltér en la Carta 25 sobre sus pensamientos, tuvo audacia para decir, *que todo quanto habian escrito en el asunto, mas servia de escandalizar, que de edificar.* ¿Qué diría de mí este Libertino, si así habló de Varones tan afamados como estos, cuyas obras á favor de la Iglesia están manifestando tan claramente su sabiduría, y su solidez? Si dixere lo mismo de la mia, me conformaré gustosamente con ello,

y

y aun le daré muchas gracias, porque me haya hecho el honor de colocarme en tan ilustre catálogo. Bienaventurado el que padece, y sufre por la justicia; y desdichado de aquel, que hace sufrir sin ella.

Bien podrémos poner en este número al famoso Rosó, uno de los mas descarados perseguidores de la verdad, y que con mas valentía arroja blasfemias contra los defensores de la fe. Este hombre insensato, cuyas luces solo le sirven pa-

para dar en mayores descaminos, no obstante la claridad de las verdades, que quedan expresadas, tuvo arrojo para pronunciar la escandalosa proposicion (*) *de que nuestro Evangelio está lleno de cosas raras, que repugnan á la razon natural, y que es imposible, que un hombre cuerdo las pueda concebir, ni admitir.* El que esto lea, ¿qué dirá de este modo de hablar? Dirá lo mismo que dice el sabio Bacon de Verulamio en el

(*) Emilio t. 3. p. 168.

el *Organo de las Ciencias*, en el qual define con exâctitud la condicion de entes tan nocivos (*). ¿Y qué es? Que quando un ingenio de estos de superior orden desbarra por desgracia, y llega á desviarse de la senda de la verdad, es tanto lo que se descamina, que quanto mas anda, guiado de su descompuesta razon, mas yerra, y su misma mayor luz es causa de su mayor precipicio. Al modo que un caminante,

Dicho célebre de Bacón de Verulamio.

(*) Bacon de Verulam. *in Organ. Scient.*

te, que por su disposicion corporal es naturalmente veloz, y excede á los otros en la agilidad de los pies, si por descuido se distrae, y llega una vez á perder el tino, por lo mismo que es tan veloz, yerra mas, quanto mas anda, y mas se desvía, quanto mas se acelera. No se le puede negar á Rosó ser ingenio de superior orden. No tanto como él se jacta; pues en los siglos pasados, y presente, ha habido otros mucho mas que él; pero á la verdad es hombre de

muchas luces, así las aprovechára en conocer la verdadera luz. A esto no las quiere aplicar, y por eso desbarra tanto: pues, si se mide lo que sabe por lo que yerra, sin duda entre muchos errantes se llevará la palma del mayor ingenio. Ya os cité lo que expresa el Sr. Beaumont en su Carta, en cuyo pasage hay tantas implicaciones, como proposiciones. Si un hombre así puede hacer fe, y dar regla para juzgar de la verdad del Evangelio, vosotros lo podeis ver; pues

á mí me es preciso pasar adelante con mi asunto, sobre el qual queda mucho por decir; aunque para estos malos hombres nada servirá, por mas que se diga: pues para ellos, como dixe antes, siempre será *la Religion impostura, el Evangelio ilusion, sus Ministros hipócritas, sus Mártires fanáticos, los Santos Padres Idolos incensados por costumbre, todos los Teólogos ignorantes, los verdaderos Christianos una Grey de bueyes, estúpidos, inútiles, y para la humana Sociedad*

mas perniciosos que provechosos: porque para estos Señores, en el sistema, que se tienen apropriado, nada hay peor que la virtud, nada mejor que el vicio. Mirad qué buenos dictados nos ponen, y si en honor de nuestra Religion, y de la fe, que profesamos, debemos hacer poca vanidad de que estos Monsiures nos traten así. Mas no para en esto su atrevimiento; que aún se hacen mas intolerables otros desbarros, con que injurian, y ridiculizan la Iglesia de Jesu-Christo.

No quisiera hablar sobre esto, porque me da vergüenza; pero por confundir mas la osadía de estos impíos, supuesto que con tanta temeridad comparan nuestra Religion con la de Mahoma, me es preciso estrecharlos á que me den la solucion de este argumento. Ó la Religion Mahometana, y las demas que comparan con la Católica, y única, tienen los mismos caracteres que esta, ó no los tienen. Si dicen que sí, es preciso que los asignen: ¿pero esto

quándo será? Si responden que no, díganme estos ilustrados, ¿quién fue el que ideó este gran sistema de la Iglesia? ¿Qué Autor, fuera de Dios, pudo formar una Máquina tan peregrina, con una conexîon tan admirable de resortes, con una armonía tan dulce de documentos, y reglas, con una travazón tan rara entre todos los adminículos, de que está vestida, que no hay una sola cosa, que no concuerde con las demas, ni tampoco hay alguna, que, si la separasen

sen del edificio, no causase en él un general desconcierto? Los que se llaman Naturalistas, han sudado mucho, y empleado su sofistería en derribar esta obra arquitectónica; pero, por mas que se fatiguen, no podrán señalar otra igual, ó de caractéres semejantes; por lo que, despues de haber consumido infructuosamente el tiempo, se verán precisados á confesar, que solo Dios puede ser el Autor; y que él en tiempo oportuno la ha manifestado á

su Iglesia para ser venerado, y alabado como tal. Siendo esto tan obvio, y tan fuera de toda duda, ya no pueden disculpar la temeridad de no creer, que es revelada: porque, supuestas estas reflexiones, en dexando de ser *espíritus fuertes*: en no tragándose tan sin temor el Juicio último: en teniendo la fe de que hay infierno: en sujetando las pasiones á la razon, y la razon á Dios: en creyendo que hay eternidad, y que el alma es inmortal: con eso está todo hecho,

cho, y no resta mas que hacer.

DE LOS MATERIALISTAS.

Sin saber cómo, mis amados Hermanos, se me ha venido á la pluma la quarta especie de Libertinos, que se llaman *Materialistas*; cuyo nombre (á la verdad nada honroso) les conviene, y se les atribuye con justicia, por la rara extravagancia de hacer á nuestra alma material. No hallan estos Libertinos otro modo mas conducente de corromper al hombre,

bre, que el de quitarle todo temor, persuadiéndolo á que, en acabándosele la vida, todo se acaba, porque no hay otra despues, en que se deba temer, ó esperar algun destino, ó felíz, ó infelíz. No tienen rubor en degradarse de su propria nobleza; y como dice el célebre Cardenal de Polignac (*), son tan ciegos contra sí mismos, que envilecen su proprio sér, haciéndose iguales á las bestias.

Quie-

(*) Lib. 5. Anti-Lucret.

Descríbese el sistema de los Materialistas, así antiguos, como modernos.

Quieren dar á estas la misma espiritualidad, que la que tienen los racionales, diciendo, que para raciocinar, como nosotros, solo les falta la figura, y en un siglo tan ilustrado, como el nuestro, se atreven á defender el desatino de que el discurrir, y pensar, puede convenir á la materia, no obstante el que es tan torpe, y bruta por sí misma. Entre los antiguos Filósofos, y aun entre los mismos Santos Padres, tambien hubo Materialistas, que, por no es-

estár aún muy adelantadas las ideas Filosóficas, ni tan descubiertos, como hoy, los secretos de la Naturaleza, pensaron, que la alma era corporal, y no puro espíritu, como la creemos en el dia. Fingíanla compuesta de una materia muy sutil, la qual le servía como de vestido, y en la misma forma discurrian tambien de los Ángeles, á quienes por las mismas reglas suponian tambien vestidos de la misma materia sutil, bien que mas perfecta que la otra, por

por ser superiores en la condicion. Pero este modo de raciocinar, aunque no verdadero, nada se oponía á la fé, ya porque entonces nada habia aún declarado en orden á la naturaleza de nuestra alma: ya porque los que llevaban esta opinion, al mismo tiempo defendian su permanencia eterna, y que, disuelto por la muerte el cuerpo del hombre, ella quedaba intacta, sin mutacion alguna en sí misma, y dispuesta á recibir el premio, ó la pena, que en

en llegando el tiempo de la reunion, el Juez Supremo le quisiese imponer, ó distribuir.

Ya veis, que este modo de pensar dista mucho del de los nuevos Materialistas, que quieren al hombre disuelto, y al mismo tiempo resuelto en todas sus partes, esto es, en el cuerpo, y en el alma: porque no siendo esta en su sentir, mas que una mera modificacion, la muerte todo lo disipa, y no queda del hombre otra cosa que el polvo; de suerte, que,

que, quando fallece, y se hace la resolucion, para estár otra vez vivo, no le falta otra cosa, que la modalidad. De aquí infieren la conseqüencia maligna, y pestífera de que en esta constitucion, ya nada tiene con él el Supremo Juez. El premio, y el castigo le son ya imposibles, porque solo quedan las cenizas, las quales no son capaces de nada. Con este sistema tan engañoso, quitan el miedo á la otra vida, que es lo que acobarda, y estremece á todo hom-

hombre cuerdo: se sueltan los apetitos, que estaban contenidos con el temor del juicio: buscan por todas partes sus satisfacciones, y baxo la fé de Voltér, y otros iguales Padres del mismo Gremio, se echan á pecar con gran confianza, muy asegurados de su inmortalidad, y persuadidos, á que el temer á Dios solo se queda para los bobos, que no logran igual ilustracion. Con este engaño funestísimo van caminando hasta la muerte, y sucedida esta, se hallan de repente en el In-

Infierno, pagando sus ilustraciones criminales con eternas llamas devoradoras, que solo les darán luz, para ver su desdicha, y lo errados que fueron en seguir tal sistema. Así sucedería sin duda á aquel infelíz Sectario, que preguntándole en su última hora, si estaba muy arrepentido de haber sido hasta allí tan insensato, continuando aún en el empeño de ser loco, respondió, *que su único sentimiento era, el que ya se le habia muerto el apetito.* ¿Y es esto ser

M ilus-

ilustrados? ¿Es esto ser espíritus fuertes? ¿Es esto ser Filósofos? ¿No es mas bien ser locos de atar, y unos verdaderos insensatos? ¿No es aquí, donde mas que nunca, podemos acordar propriamente aquello de David (*): *El hombre no conoció, ni entendió su honor, por tanto fue comparado á los jumentos, y se hizo semejante á ellos?* A la verdad si en la hora de morir se preguntase á un bruto cosa semejante, y

(*) Psalm. 48. vers. 21.

y fuese capaz de contestar á proporcion de lo que á él corresponde, no podía dar ciertamente respuesta mas bruta.

Pero, Hermanos mios, repito lo dicho: el caso de este hombre no es argumento contra lo que llevo expuesto, y os he dicho muchas veces acerca de esta gente. Alguno podrá prevaricar en tal grado, que, ó por castigo de Dios, ó por fuerza de su genio, mantenga hasta el fin su capricho, y de hecho esté en el dictamen de que no

va errado. Pero, á mas de que este error es libre, y que no sale de él, porque no quiere, esta, como se suele decir, es una rara ave, y de ningun modo falsifica lo que he dicho, y digo de todos los demas. No me opongo á que alguno dé en ese raro frenesí, por demasiada turbacion del juicio; pero por lo comun los que así piensan sostienen solo en la apariencia el error, fingiendo exteriormente, que no conocen la verdad. Pensar de otra manera, es per-

persuadirse á un imposible, y creer, que unos hombres tan alumbrados, dexan de conocer lo que es preciso, que vean hasta los mismos ciegos. No lo eran poco los Filósofos Gentiles, y con todo eso confesaron, que nuestra alma es inmortal, é inaniquilable, sino es por un poder soberano, como se puede ver en Ciceron, y en otros (*). Y aun el primero testifica del consentimiento comun de todas

(*) Tul. *Tusc. Disp. c.* 12.

las Naciones del Mundo, por cuya razon añade, que esta conspiracion tan general es una prueba muy clara de ser esta verdad inconcusa, á la qual debe preceder una clara ley, ó instinto de la naturaleza.

¿Pero cómo se probará, dicen estos Impíos, que Dios no podrá aniquilar nuestra alma, siendo infinita su Omnipotencia? ¿Quién le quitará, el que, al desatarse, la destruya, y reduzca otra vez á lo que era? En primer lugar, Hermanos mios, ya veis, que

que los enemigos de nuestra Religion en el mismo argumento, que hacen contra ella, confiesan dos cosas, ambas importantísimas para poderles redarguir: la primera, que el alma es de suyo tan esenta de corrupcion, ó destruccion, que solo puede aniquilarla un inmenso poder. La segunda, que este poder es Divino, y por consiguiente hay una Deidad Soberana, que, quando quiera, puede usar de esta autoridad; y si no la usa, la tal aniquilacion nunca

llega á suceder. Pero lo que mas fuerza hace, para confundir á estos Impíos, y hacer ver la futilidad de sus objeciones, todas falaces, y descabelladas, es, que fingiendo por una parte con mucho empeño, el que no conocen á Dios, y por otra, que solo él puede destruir el alma racional, con todo eso, se lisonjean de que esta ha de ser destruida, luego que se separe del cuerpo; por lo qual, despues de verificada esta disolucion, nada tienen que esperar, ni que te-

temer. Esta contradiccion es tan clara, que, mas que de argumentacion tiene señales de burla, ó de chocarrería; pero es tal su confianza en los que ciegamente siguen su demencia, que nada rezelan de estas implicaciones, estando asegurados de la preocupacion de sus sequaces, y que estos por la opinion que ya tienen de su sabiduría, siempre han de jurar en las palabras de tan doctos Maestros, cautivando en obsequio suyo todas sus luces, aun

aun con mas teson, que lo hacian en otro tiempo los Pitagóricos.

No obstante, valiéndonos de su misma respuesta, sea la que fuere, no podemos dexar de hacerles cargo de su inconstancia; y juntamente asegurarles, que una vez que el alma de suyo no pueda ser destruida sino por el mismo Dios, nada tienen que dudar de su permanencia sin fin. Ellos decian, que quién sabe si Dios querrá aniquilarla al tiempo que se verifique la muerte: y yo

Argumento indisoluble de que nuestra alma es eterna.

yo digo, que no hay cosa mas segura, que el que no la aniquilará; porque, aunque puede hacerlo, quando quiera, es certísimo, que, atendida su presente disposicion, nunca lo querrá hacer. En el sistema de nuestra Religion, que es, como hemos dicho, la que únicamente concuerda con la luz natural, los premios, y los castigos se reservan para la otra vida; y el plan que Dios se ha propuesto (en todo tan ajustado á la razon) no permite en nosotros otro modo

do de discurrir. Bastaba para el temor racional la contingencia de que Dios, si gusta, puede conservar el alma eternamente, y que de hecho puede querer. Pero á la verdad, en este punto no hay contingencia: ya está todo resuelto. El alma exîstirá sin duda por toda una eternidad, y ya ha decretado su Hacedor, que sea tan eterna como él. Ved aquí la razon de este Dogma, que es mas clara que la misma luz.

Vemos ordinariamente en

en este Mundo trocada la suerte de los hombres: mezclado el bien con el mal: entronizado el vicio, y despreciada la virtud. Vemos muchos buenos desgraciados, y muchos malos afortunados: unos tan colmados de bienes, que han menester ensanchar sus troxes; otros tan infelices, que andan, para poder vivir, atenidos á las migajas: unos siempre alegres, y prósperos, porque siempre se les rie la fortuna; otros siempre acongojados, porque aún presumen, que les

les falte la tierra. Recorred la Historia, y hallaréis mil exemplos de como esta *suerte* varia ha sido muchas veces injusta en la distribucion del premio, y la pena. Á unos que atropellan la razon, los dexa acabar en paz; y á otros, para merecer lo mismo, no les sufraga la virtud. La ley de lo honesto pide, que esto se remedie, y que haya un dia, en que se haga justicia, desagraviando Dios sus atributos. Para esto exîge el orden moral, que nuestra alma sea

sea libre, y eterna, que tenga una duracion constante, para ser castigada, ó premiada segun el mérito de sus obras: y en fin (para decirlo en menos palabras) que sea de una naturaleza, no como la que quieren los Libertinos, que aspiran á vivir sin freno de ley, sino como la desea la luz natural, que solo ansía porque Dios sea temido, y premiada la virtud. Sobre este punto no quiero ya dilatarme mas; porque el que con esto no se convenza, con nada se po-

podrá convencer, y será señal de un fatal pirronismo, del que es propio caracter dudar de todo, y no ceder jamas á la razon.

DE LOS PIRRONICOS.

Tambien hay esta secta entre los Filósofos nuevos, aunque de distinta especie, que la de los antiguos. Aquellos se versaban solo en materias Filosóficas, y estos se emplean en las de Religion. ¿Quién lo creerá? Dicen pues estos incrédulos (que son los últimos que pienso to-

tocar en este Escrito): que, para no errar, este es el mas proporcionado medio, que dicta la razon. Negando, ó afirmando, hay gran peligro de oponernos á la verdad: porque como son tan falaces nuestros sentidos, tan endeble nuestro entendimiento, y todas las cosas tan ocultas á nuestra comprehension, la via mas segura, para no dar en algun vagío, mientras navegamos en este Mar de ignorancias, es, hacerse el hombre Scéptico, ó Pirrónico, y dudar de todo.

Expónese la doctrina de los Pirrónicos, ó Scépticos.

Ved aquí su modo de pensar en esta tan grande importancia, y las perversas lineas, con que estos alucinados Libertinos ciñen su trinchera. En ella pretenden resguardarse contra los golpes de la razon, y á qualquier asalto se muestran insensibles, respondiendo con frialdad, no haber en nosotros el verdadero *Criterio*, para discernir lo cierto de lo incierto, lo honesto de lo torpe, lo justo de lo injusto, y demas asuntos que puedan ocurrir; por cuya razon, aun-

aunque un argumento parezca muy evidente, acaso en la realidad será una falacia, una sombra, ó una imaginacion, originada de algun sueño. El principal mantenedor de este monstruo es Pedro Bayle (*), y este es su Dogma capital, que procura sostener con todo su esfuerzo, sea en materia de Filosofia, sea en la de Metafisica, en la de Historia, ó en la de Religion. Admira á la verdad ver á este malvado, diver-

(*) Mr. Vayer *Dicc. Crit.*

tido incesantemente en edificar, y destruir, arrancar, y plantar, discurriendo por todo, sin dar descanso á su imaginacion. Casi en todo argumento se halla en él con igualdad el *no*, y el *sí*: no hay costumbre, por perversa que sea, ni error, por nefando que se juzgue, que no halle en él proteccion: y por el contrario, no hay verdad tan perspicua, ni obligacion tan precisa, que no dispute sobre ellas. Todo género de Autores, ya devotos, ya Libertinos, ya

ya jocosos, ya serios, ya castos, ya livianos, entran en este plan; sirviendo igualmente para el intento las demonstraciones, y los sofismas, las reflexiones sensatas, y las que solo merecen el nombre de ilusiones. De todo se vale para sus fines este Pirrónico impío: á todo da diversos aspectos, para que nadie pueda fixar el pie; y en fin él hace la corte á todos, para burlarse de todos, haciendo universal su error, que es el objeto que se propone. No es mu-

cho que quien vivió, y pensó así, tuviese la muerte que tuvo. Entre estas obras de impiedad le cogió la última hora, y el juicio de Dios: ¿quál sería su fin? Sin temeridad se puede creer, que desde el Gabinete se iría derecho á los Infiernos.

No obstante, no le faltan sequaces, que se dexan atraer de su doctrina, á la verdad muy acomodada para la satisfaccion de sus pasiones, y cerrar la puerta á nuestra Religion, que tanto á ellas se opone. Este

te es el asunto de todos los Impíos, que hemos impugnado hasta aquí: quitar de en medio ese *Padrastro*, que tanto les estorba para sus pretensiones. Decir, yo quiero pecar, porque quiero, y ser iniquo, porque me lo pide mi apetito, es una especie de Libertinage tan descarado, que, para emprenderlo descubiertamente, aun los mismos Libertinos no han tenido valor. ¿Pues qué remedio? Inventar sistemas, aunque sean los mas descabellados, que con ese nombre

pomposo todas las picardías se cubren con un especioso colorido, y lo que executado sin esta autoridad, ó salvaguardia, mereceria el nombre de desvergüenza, escándalo, ú otros dictados á este tenor, haciéndose con el título de *Nuevo sistema*, ó *Modo de pensar á la dernier*, todo queda justificado, aunque sea la mayor obscenidad, y por cosa de *moda*, se grangea para muchos, y aun muchísimos todo el favor, y estimacion. Nuestra Ley no tolera, y así es menester buscar otra, que sea mas sufrida. ¿Y quál será? Una Ley al revés de la nuestra, que canonice el vicio, y condene la virtud: que lo critique todo, lo dude todo, y se mofe de todo; en fin, una Ley propria de gente libre, que favorezca siempre la propria voluntad, y teniendo por extravagancia el proceder de las gentes de bien, se burle de Dios, y posponga todo lo que prescribe la razon.

TER-

TERCERA PARTE.

Ilaciones oportunas de todo lo dicho.

Y de todo lo que hasta aquí hemos expresado (aunque brevemente, y en compendio) ¿qué se infiere? Lo mismo que dice S. Pablo: que no os querais conformar con este siglo: *Nolite conformari huic sæculo.* Este siglo se llama vulgarmente *el siglo de las luces, el siglo ilustrado*, el siglo entre todos el mas civil, y mas perfecto para el comun trato, y suave comuni-

nicacion, que exîge la humana sociedad. Atendiendo ciertos respetos, no hay duda, que este siglo es acreedor á tan grande apellido, porque en realidad en nuestros tiempos todas las cosas han tomado mucho auge, y una perfeccion singular. El Comercio ha llegado á un punto elevadísimo: las Ciencias han logrado imponderable aumento: las Artes han tenido unos descubrimientos prodigiosos, y se ven en ellas unas invenciones tan ingeniosas, y su-

sutiles, que no parecen sino obras de Ángeles. En todo se dexa ver el primor; y el discurso parece haber pasado de sus límites, segun las obras de ingenio, que en todo se experimentan. Los sistemas Filosóficos ¡quánto han avanzado, y se han perfeccionado! La juiciosa Crítica ¡de quántos errores, é ilusiones no ha librado al Mundo! Los Cánones, las Leyes, la Teología, la Medicina, la Historia ¡quánto han adelantado en su perfeccion! Las Len-

Lenguas muertas (llamadas así por su falta de uso) ¡quánto se han freqüentado en este feliz tiempo! Parece que aspiran, ó pueden esperar una dichosa resurreccion, segun el conato con que se procuran saber, y entender, haciéndose de ellas Traducciones muy singulares, y útiles, en las que no es nuestra España la menos venturosa; pues la Sabia Minerva tambien la ha distinguido con especialidad en este género de literatura. Hasta la Agricultura, y

y Jardinería han logrado grandes invenciones, y cada dia adelantará mas el paso; porque la *Industria popular* se promueve hoy por los Ministros del Rey con inexplicable zelo. Pero quando tanto se adelanta en lo Civil, y Político, en lo Religioso, y en lo Católico vemos con pasmo que es mucha la decadencia. Nuestro Santo Pontífice se quexa amargamente de ello: el Sr. Inquisidor General, que es en estos Reynos el primer Ministro de la Fé, y el principi-

cipal Zelador de la doctrina Católica, en los dos Sermones, que predicó en Madrid, de S. Agustin, y Santo Thomas (que por nuestra comun dicha se han dado á luz, para que aun los que estamos lexos gocemos de tanto bien) cierra sus discursos con unas declamaciones tan patéticas contra esta disolucion, que no dexa razon de dudar su Ilustrísima, de que su corazon está penetrado de la lástima, por ver el ascendiente que toma el error en nuestra Nacion,

cion, y que de dia en dia se va propagando en ella mas, y mas, no obstante el zelo de los Ministros de la Fé, que le persiguen con gran solicitud; y el de S. M. mismo, que con el mayor ardor ha empeñado á el proprio fin todo el poder de su soberana autoridad.

En este supuesto, Hermanos mios, no es mucho que yo os inspire cautelas, y os haga prevenciones, para que no os dexeis sorprender de un siglo, que, por lo mismo que es tan ilustrado, y sutil, es mas de

de guardar. El Apostol, en el texto que os cité, habla literalmente de todos los siglos, ó del tiempo que dure el Mundo. Habla de los amadores de él: del modo de pensar de los mundanos, y de lo que nos sugiere, ó puede sugerir la corrupcion, que dexó en todos la culpa original; de la qual nadie está esento, sino la que por un privilegio especialísimo se concibió para Madre de Dios. Pero, atendiendo á todo lo expuesto, yo contraigo al presente siglo la

O pre-

prevencion de S. Pablo, y, segun me parece, no sin gran razon, y propriedad. Las asechanzas del Infierno son ahora mayores que nunca: los instrumentos, que maneja, los mas proprios para el intento: los medios de que se vale, los mas oportunos: los resortes, que toca, los mas obligatorios: nuestra voluntad es muy ciega, y muy inclinada al placer. En esta constitucion tan lastimosa, ved si hay motivo para rezelar, y si estará de sobra qualquier animadversion,

sion, ó prevencion. Siempre los Hereges fueron perturbadores insignes de las Repúblicas: siempre tuvieron partidarios, que siguieran sus máximas: pero nunca ha habido en el Mundo perversores mas temibles que estos, ni que con tanto artificio hayan sembrado la cizaña, que nos sofoca. Otros Hereges, ó han ido solo á seducir el entendimiento, ó solo han delirado sobre algun otro Artículo; pero estos apuntan sus flechas derechamente á la voluntad, y van

á cortar toda la Religion Católica por su misma raiz. ¡Qué dicha de hombres! haberse adelantado tanto en la corrupcion, que unos Héroes, como Calvino, y Lutero, se han quedado atrás, y muy atrás.

Ya habreis visto en el discurso de esta Carta quáles son sus intenciones, quáles sus industrias, y quáles sus modos de pensar, tan diversos, y tan perversos, todos dirigidos al vano fin de seducir: pues es nada lo que he expresado, para lo que queda por ex-

expresar. Algo diré todavía para vuestra iluminacion; porque me interesa mucho el provecho comun. Todo el empeño de estos hombres está puesto en hacer odiosa, y contentible la Religion Christiana, y para esto no hay piedra que no muevan, y que no arrojen contra ella. Nada los puede persuadir de tanto como concurre, y conspira á hacerla infalible, y de origen Divino: antes bien de estas mismas razones sacan motivo para ridiculizarla, y despreciar-

la. Segun es su conducta, no sé qué nombre les pusiera á estos incrédulos, porque no hallo alguno que les venga. Solo el de *Anti-Racionales*, me parece, que les acomodará, porque no tienen en sus acciones otro oficio, ni otro fin, que el de contradecir todo lo que es razon. Cosas niegan, é impugnan, tan claras, y tan palpables, que, al ver su resistencia, se puede creer, que con la misma frescura negarian que hay Sol, y todo quanto oimos, vemos, olemos, gus-

gustamos, y palpamos, si fuese conducente para entablar sus máximas. ¿Y esto con qué razones? Con un sin número de sofismas fútiles, insulsos, y pueriles, que aun se desdeñarian de ellos los Niños, que tuviesen unas luces medianas. Atrincherados en ellos, no hay razon que les haga fuerza; y contándolos por demonstraciones de superior orden, sin mas proteccion, tienen osadía para oponerse, y hacer frente á toda la venerable antigüedad. El Evangelio, las Profe-

 cías,

cías, la Sagrada Escritura, la Historia, todo es para ellos una ficcion, una fábula, una cosa la mas despreciable. Solo lo que lisonjea el apetito, y el gusto, es para ellos lo estimable, y digno de aplauso. Esta es la moda del tiempo, esta es la ciencia que se usa, y lo demas lo reputan por una solemne fatuidad, una ilusion, una locura, impropria de gente ilustrada, y de buena crianza.

Eso de mortificacion, ni aun por asomo se mencione, ó se tome en boca.

Dios

Dios (dicen) crió nuestra carne para regalarla, y recrearla; y así el Martirio, que es en la estimacion de la Iglesia el acto mas insigne, lo tienen por un gran fanatismo, no dando otro nombre á los Mártires, que el de fanáticos. Con esta aprehension, ó modo de discurrir tan iniquo, á muchísimos millones de Héroes, que venera la Iglesia Católica, como coronados con esa Palma, ellos los cuentan por otros tantos locos, que solo por un frenesí quisieron acortar-

tarse la vida, perdiéndola temerariamente á manos de los Tiranos. Y aunque se les haga el argumento de que estos hombres fueron muy juiciosos, que así consta de las Historias: que fueron muy humildes, y pacíficos: que lo que decian á los Jueces llevaba siempre el mayor concierto: que hacian muchos milagros, y á veces á favor de los mismos Perseguidores: que mostraban una suma paciencia en los malos tratamientos: que perdonaban á sus enemigos,

y

y aun á sus mismos verdugos: últimamente (omitiendo otras muchas cosas, por cumplir mi palabra de no cansaros demasiado) que la Iglesia, que así los venera, es tan prolixa, ó escrupulosa en orden á estos asuntos, que porque Santa Eulalia la de Mérida, llevada de un ardiente zelo, escupió en la cara al Tirano, prohibió absolutamente en un Concilio, el que á los que en lo venidero practicasen semejante accion, se les diese el título, y culto proprio de

Már-

Mártires ; porque, aunque fuese buena su fé, al parecer, ó en lo exterior, no imitaban á Christo en la mansedumbre, y humildad; aunque todas estas razones (decía) se les propongan á estos incrédulos, nada les hace fuerza, y se quedan del mismo parecer. ¿Podrá darse, Hermanos mios, mayor indocilidad? ¿Y habrá todavía quien se conforme con este siglo, que tales monstruos produce? Pues vuelvo á decir: *Nolite conformari huic sæculo.* De ninguna suer-

suerte os conformeis con él.

No es esta sola la razon. En lo que hasta aquí he significado, ya habeis visto por vuestros mismos ojos cómo desprecian, y abominan el Evangelio de Jesu-Christo: ahora vereis cómo tratan á sus Ministros, que es uno de los descaros mayores de estos incrédulos; y por el que se muestran mas insolentes. ¡Qué dictados tan ridículos no tributan de ordinario en sus obras á estos hombres venerables! ¡Por quántos modos soli-

ci-

citan hacerlos odiosos! No queda nombre, ó mote de desprecio, que no les apliquen: no perdonan medio, ni modo, con que no los impugnen. Siempre hablan de ellos, como de gente despreciable, que no merece, ni aun el pan, por lo que se duelen mucho de que se les den rentas, y estipendios. Al estado Monacal aún lo lastiman con mayores injurias, y siempre hablan de él con un modo irrisorio, y burlon. Danle el dictado de *Gente inutil, peste de la Re-*

República, Congregaciones de Zánganos, amantes de la ociosidad, que se recogen con solo el fin de vivir bribonamente, y no tener nada que hacer (*). Todo esto dicen estos impíos del estado Religioso, que siempre ha merecido la mayor veneracion; y dixera mucho mas, si no temiese escandalizaros. Lo mas lastimoso es, que con ser estos modos de hablar tan indignos de gente de juicio, muchos de los Christia-

(*) El Autor *del Espíritu*, lib. 14. cap. 7.

tianos, no solo no se escandalizan, sino que se alegran, quando oyen estos dicterios. No solo no los juzgan tales, sino que los reputan por proposiciones de eterna verdad, sin hacerse cargo de la injusticia, y falta de razon, con que en esto proceden. Si los Ministros del Santuario sirven al Público con sus oficios, ¿no será razon que este mismo Público les contribuya para su subsistencia? ¿En todos los empleos, y cargos de la Sociedad humana no su-

ce-

cede lo mismo? ¿Hay alguna especie de hombres, que den su trabajo de valde? Habiendo Religion, ¿no es preciso, que por consiguiente haya Ministros, que estén destinados á diferentes Ministerios? Unos para ofrecer el Sacrificio, otros para subministrar los Sacramentos, otros para instruir en la fé, otros para predicar la santa Palabra, convertir los pecadores, é iluminar á todo género de gentes? ¿No ha de haber tambien quien sirva á esta Religion en las cosas me-

nores, y oficios mas baxos, que no pueden convenir á los que se exercitan en cosas mas sublimes? ¿Y todos estos hombres no han de vestir, y comer? ¿No han de tener siquiera una mediana decencia? Por lo que mira al Estado Religioso, no quiero hablar nada; porque quanto dicen de él es cosa tan ridícula, que ella se arruina por sí misma. El Clero, y las Religiones han sido siempre las columnas, que han sustentado la Iglesia, y de este ho-

honor nunca podrá derribar á estos dos gremios tan respetables toda la astucia de tan diabólicos Maestros. En otros Paises de la Europa han sido mas adoptadas estas máxîmas. En España vemos mas respetado el Estado Clerical, y Religioso; pero respecto de que algunos recalcitran, y se conforman por simplicidad á estos, que se quieren llamar ilustradores del presente siglo, por eso los exhorto á que no se unan con ellos: *Nolite conformari huic sæculo.*

Esta es la primera ilacion, que he querido sacar de lo que dexo dicho, como oportuna para la instruccion comun. La segunda no es menos necesaria, y se deduce tambien del mismo texto, como un medio eficaz, para practicar lo que os he aconsejado. ¿Y quál es? Que os reformeis todos los que habeis padecido ruina con un espíritu nuevo, segun el Apostol nos previene: *Et reformamini in novitate sensus vestri.*

Para consolarme algun tan-

tanto en la corrupcion, que se supone, del presente siglo, yo me hacía la cuenta alegre, de que entre nuestros Españoles no serían muchísimos los que hubiesen claudicado, y dexádose sorprender de esta demencia. Pero, con gran dolor mio, me han hecho mudar de opinion varias relaciones, que tengo en contra; porque ya en este Reyno de Galicia, ya en otros Paises de nuestra España, segun me han informado personas de grande autoridad, es mu-

cho, y aun muchísimo, lo que ha cundido esta peste. Mis Confesores, y Curas, y aun varios, que profesan la Milicia, así me lo testifican, no habiendo faltado otros sugetos seculares, y entre ellos algunas mugeres de alta esfera. Por este motivo me determiné antes de ahora, á formar (no sin grande trabajo, por la situacion en que me hallaba) la Instruccion Pastoral, que ya os dirigí, declamando en ella contra el Libertinage del tiempo, que

que fue el recurso único, que por entonces encontré. Pero habiendo continuado estos informes, y asegurándoseme de que era menester medicina mas prolixa, para curar este mal de raiz, no he podido dexar de padecer bastante desconsuelo, y pena, al ver, que mis juicios favorables han salido falsos, y que mis Compatriotas, especialmente los de mi Grey, están tan necesitados de nuevo remedio. Bien me consta, que mi declamacion fue bien aceptada,

y que para muchos fue bastante eficaz; pero tambien sé, que para otros no bastó, y esto es lo que me ha movido á esta nueva empresa, no obstante el que mi salud no está ya para estas fatigas, por causa de su demasiada endebléz, ocasionada de mi larga carrera. No ignoro, que alguno al leer mi Pastoral, dixo: *que qué tendría yo que decir contra Rosó, y Voltér.* Ya lo habrá visto en el discurso de esta, y todavía verá algo mas para su desengaño.

Dios

Dios quiera, que quede convencido, y que así este, como otros, que están enfermos de la mente, se reformen, como el Apostol desea.

¿Y cómo se hará esta reforma, Hermanos mios? No facilmente; pero sí gloriosamente, si haceis lo que os voy á exponer. Supuesto, que ya han llegado aquellos dias, profetizados por el Apostol S. Pablo (*), en que los hombres, no pudiendo ya sufrir

(*) Secunda ad Tim. cap. 4.

frir la sana doctrina, habian de buscar Maestros segun sus deseos, y que hablasen al gusto de sus oidos, por lo qual apartando toda su atencion de la verdad, se convertirían enteramente á las fábulas, y á la ficcion, el medio único que hay, para reformar vuestra mente desconcertada, y echar de vosotros, ó (mejor diré) reparar el lamentable cumplimiento de esta profecía, es, que pues este tiempo ya llegó, que se vaya, y no vuelva mas: que se enmiende todo lo que se ha hecho en él: que se destierren los abusos, que se han introducido: que se desprecien, como merecen, los Maestros de la impiedad: que se venere, como es razon, la Iglesia; y últimamente que no solo se sufra, sino tambien se ame la sana doctrina. Ved aquí, como el mismo Apostol, que vaticinó los males, dá el remedio, y el medio, para que estos se conviertan en bienes, con solo decir, que reformeis vuestra razon, fascinada con

las

las máximas de iniquidad, y que de ninguna suerte, contemporiceis con este siglo, en que tanto reyna el desorden, y la disolucion. Para esto, mis amados Hermanos, son menester muchos requisitos, y ninguno sobra en el dia; pero todo es facil al que se alienta, porque el auxîlio de la gracia nunca le falta.

Para significaros el primero, es necesario advertir en las palabras del Apostol aquella expresion: *Reformamini in novitate sensus vestri*, de la qual se de-

duce, que esta renovacion, que solicitamos, y aconsejamos, como un medio esencial, y necesario, para que recobreis el buen espíritu, debe empezar por la mente, ó por el entendimiento. ¡O quánto quiere esto decir, Hermanos mios! ¡Qué doctrina tan saludable se encierra en estas tres palabras! Yo os las explicaré como pudiere. Mirad: una vez, que renoveis vuestro juicio, lo demas está facilmente vencido: porque la raiz de todo el mal está

úni-

únicamente en que la mente está enferma ; y así, si esta con el remedio sana , luego cesó toda la enfermedad. ¿ Y para curar el juicio , quál será la medicina ? Esto es lo que os voy á proponer ahora. Decidme por vuestra vida, el motivo de desbarrar vuestra voluntad ¿ de qué se origina sino de la desestimacion , con que mirais las Divinas verdades , nacida de las máxîmas impías , de que os han imbuido esos malos Maestros ? Luego si reformais vuestro juicio , y ha-

haceis de ellas el aprecio que debeis , al paso que la mente sane , sanará tambien la voluntad , y por consiguiente forzoso toda la enfermedad cesó. Para dexar de hacerlo así , Hermanos mios , no tendreis disculpa , habiendo para ello razones tan convincentes , sobre esta materia.

Pintura de la Iglesia Católica.

Tended la vista por todas las propriedades de la Iglesia Católica , y no habreis menester mas demonstracion. ¡ Qué hermosura la de su plan ! ¡ Qué concordia de principios ! ¡ Qué al-

alteza de fin! ¡Qué prudencia de gobierno! ¡Qué suavidad de doctrina! ¡Qué magestad de culto! ¡Qué equidad de preceptos! ¡Qué perfeccion de consejos! ¡Qué infalibilidad de Oráculos! ¡Qué santidad de costumbres! ¡Qué exercicio de virtudes! No se vé en esta Iglesia Santa cosa que no huela á Cielo. Todo es en ella armonía, todo suavidad, todo gracia. En lo que manda es discreta, en lo que prohibe justa, en lo que permite equitativa. En la observancia

cia rigorosa, en el castigo templada. Propone para nuestra creencia misterios profundos; pero no imposibles; pues, aunque, como dice S. Pedro (*), sean dificiles de entender, en nada repugnan á la razon, y se dexa entrever su verdad aun en su misma incomprehensible celsitud; porque, aunque escondidos, y ocultos á la humana comprehension, al proponerse, manifiestan bien su caracter, y que todo

(*) Epist. 2. S. Pet. v. 16.

do es en ellos venerable, y santo. No manda sino lo bueno, no prohibe sino lo injusto. No adula á nadie, porque es Soberana, y así al que se desordena lo reprehende, como Señora. Todo es en ella paz, y serenidad, no hay desorden, ni confusion; los que siguen su conducta, es tanta la satisfaccion, que experimentan, que casi gozan ya el fruto de la Celestial Patria, y por la alegría, que su conciencia les da en este destierro, tienen ya en él una especie de

de Paraiso. La fé les sirve para merecer el otro, creyendo las Divinas verdades, y entretanto que llega, se glorían en sus virtudes.

Preguntad ahora á esa turba de malignantes ilustrados (ó mas bien diré deslumbrados) ¿si pueden decir lo mismo de su Iglesia, ó de su Sistema? Con toda la confianza que muestran de su doctrina impía, yo aseguro, amados Hermanos, que por dentro sienten otra cosa. Estad ciertos de que su conciencia

jamas los dexa de molestar en medio de su aparentada confianza. Pero aunque yo me engañe en mi juicio, y concedamos á estos malcreyentes, que logran en su ánimo toda la paz, y serenidad, que blasonan, ¿ vosotros no veis la distincion que hay entre Iglesia, é Iglesia ¿Cotejad la una con la otra, y no es menester mas para vuestro desengaño. Los caractéres de la nuestra ya los habeis visto en la propuesta pintura, que, aunque tosca, y desigual á lo que

que merece esta gran Madre de los Santos, es suficiente, para que formeis el cotejo, y conozcais algo de lo que es. De la de los Impíos ya tambien habreis formado juicio; porque de lo que he expresado en el discurso de esta Carta, os habreis impuesto bastantemente, en que es una Iglesia, llena de confusion, y de desorden, cuyo fin es solamente el libertinage, y la obscenidad; cuyas miras son el corromper las costumbres; cuyo objeto es el entretenimien-

to, y vivir siempre alegres; cuyo lenguage son las chanzas, y bufonadas; cuyo empeño es el plantar los vicios, y desterrar las virtudes; cuyo estudio es apartar los hombres del temor á la eternidad; y últimamente cuyos Autores son los mas iniquos, los mas impíos, los mas insolentes, los mas perversos, los mas relaxados, los mas sin vergüenza, y los mas opuestos á la racionalidad, únicamente aptos para sembrar la malicia, y dignos por sus obras de una ge-

general abominacion.

Si hacen con sinceridad este cotejo entre las dos Iglesias los que han tenido la desgracia de seguir hasta aquí tan malas Guias, ¿habrán menester mas, para desengañarse, é intentar la reforma, que aconseja el Apostol? ¡Ay! Hermanos mios, si eso viéramos! ¡Qué gloria tan grande sería para mí, y para todas las gentes de juicio! Si este caso llega, como debemos esperar (que mayores cosas ha hecho Dios por nuestra Nacion),

entonces tendrémos el gozo de ver desterrado el luxo, quitadas las modas provocativas, apagado el prurito de baylar sin término en las mugeres: mas apreciado de estas el tiempo, que ahora pierden en el tocador, y en las expresadas diversiones: mas escrúpulo en la pérdida, que por ello tienen sus casas: mayor conciencia en el mal exemplo, que dan á sus domésticos: mas reparo en el mucho costo, que ocasionan á sus maridos: mas temor á la pena, que por es-

esta distraccion en la otra vida les espera: en fin se vería restituida la moderacion, reparada la honestidad, aborrecida la desemboltura, venerada la Iglesia, honrados los Templos, respetados sus Ministros, y todo lo que ahora es desorden, reducido á razon. Ya se mudaría el lenguage, que ahora es tan usado, y se substituiría el que se debe de justicia, y dicta la ley de conciencia. Los Clérigos, y los Religiosos no merecerían el nombre de Gente

te inutil: los Santos Padres no serían ya unos ignorantes: la mortificacion dexaría de ser ya fanatismo: el pundonor no sería ya ridiculeza: la honestidad no sería ya hazañería: el legítimo mando no sería ya dominacion tirana: el Papa no se llamaría ya *el Obispo de Roma*: el luxo no se reputaría ya como mera decencia: el descaro no se tendria ya por despejo, ó donayre gracioso. Por el contrario, lo que ahora es *marcialidad*, sería entonces disolucion: lo

lo que es *civilidad*, atrevimiento: lo que es *humanidad*, desacato, y mala crianza: lo que es para ellos *ciencia*, una locura: lo que es *ilustracion*, una obscura sombra. Todo esto se seguiría del paralelo entre Iglesia, é Iglesia, Hermanos mios carísimos. ¡Ó! si lográsemos en nuestros dias, hasta aquí amargos, esta reforma de la mente, que es el antídoto de este veneno! ¡Ó! si con este específico tan divino arrojásemos de nosotros aquellos hombres, de quien di-

xo

xo David, que habian venido á la santa Heredad, solo para contaminarla, y manchar el sagrado Templo de la Iglesia con su abominable sistema! ¡Ó! si deterrado este de entre nosotros, sucediese en su lugar aquella sabiduría Divina, de quien dice el Apostol Santiago, que es pacífica, que es casta, que es modesta, y llena de compostura: persuasible por la claridad de sus verdades, abundante de misericordia, y de buenos frutos: no se verá sino sua-

suave en el modo de juzgar, y esenta de todo dolo en el de instruir, y proponer (*).

Mucho se adelantará sin duda, para establecer esta ciencia, y buen método con las mencionadas medicinas; pero ellas solas no bastan, si no se añade otra muy especial, que es la que últimamente explica el texto de S. Pablo. ¿Y quál es esta? El que no queramos saber mas, que lo que nos conduce al

(*) Epist. Canon. S. Jac. c.3.v.17.

al último fin, y aquello que nos conviene, para el buen orden, y direccion. *Non plus sapere, quam oportet sapere ; sed sapere ad sobrietatem.* Muchos revientan de curiosos: muchos flaquean por la vanidad de eruditos. Contemplando (aunque con equivocacion) que toda la ciencia está en la Francia, se echan á leer, sin discernimiento, ni juicio, quantos Libros vienen de aquel Pais : los buscan, los solicitan, y aun los pagan á peso de plata. Despues que los consiguen, se engolfan en

en su lectura ; y sea malo, ó bueno, lo que viene en ellos, todos lo celebran, porque está en Frances. Como los mas estimados en el dia entre los Libertinos, y los que andan mas en las manos de todos, son los de Rosó, y Voltér, estos son, por lo ordinario, con los que se hacen las entrañas ; y como tienen un estilo tan dulce, y un modo de insinuarse tan sutil, desde luego tragan incautamente el veneno, y quedan tan prendados de los que han escri-

crito tan á medida de su voluntad, ó (por mejor decir) de su sensualidad, que enamorados de tales Maestros, juran despues con tal teson en su texto, que ni el de la Escritura, ni el de los Concilios, ni el de los Padres, ni aun el de sus mismos sentidos, les puede hacer volver atrás.

De aquí se infiere, Hermanos mios, (y es la última ilacion, que haré) que si no dexamos el uso de estos Libros malos, la reforma, que nos aconseja el Apostol, nunca se llegará á

á efectuar. Hay Franceses grandes sin duda, que con sus obras excelentes, no solo han ilustrado su Nacion, sino tambien la Religion. Pero estos solo se versan entre las gentes de juicio. Los hombres Mundanos, que cultivan solo la sensualidad, el cortejo, y hablar á la moda del tiempo, no se acomodan bien con esos Libros, porque en realidad no dicen con su fin. Para estos están los Volteres, y otros semejantes, que hablan al gusto de su voluntad, y

dan máximas, para cumplirla á toda su satisfaccion. Estos son los que se leen, y freqüentan: estos los que se buscan, y solicitan: estos los que pasan de una mano á otra, para comunicar sus primores: estos los que andan por los estrados de las Damas: estos los que se citan en las visitas, y concurrencias: últimamente, estos los que agradan á los preciados de eruditos, los quales son tan semejantes á sus Catedráticos, que no quieren saber mas, que lo que es-

estos enseñan, porque estos no enseñan, ni les dicen mas que lo que ellos quieren; y así caminan unos, y otros con igual fatuidad á el logro del mas depravado fin, que son las delicias de esta vida. Estos son, mis amados Hermanos, los sabios á la moda, y á quien mas convenia tomar el consejo del Apostol: no porque sepan mas de lo que es menester, sino porque no se dedican á saber lo que les conviene. Aman la ciencia, que los arruina, y que mas les per-

judica, y esta es la enfermedad, de que quisiera yo curarlos, poniéndoles delante de los ojos alguna razon, que les hiciera fuerza, y los obligára á retroceder; al mismo tiempo que á los sencillos, y que todavía no han caido en el lazo, los previniera, para que se precaviesen de la tentacion, y no tuviesen la desdicha de caer en semejante mal.

Todo consiste en dar en el hito, para hacerles conocer la malignidad del veneno. Supongo, que este

te en nada hiere á la Religion: porque aunque de las Prensas de Inglaterra, Olanda, y otros Paises de libertad, han salido infinitos Libros venenosos, atestados de máximas impías para combatirla, y han pasado felizmente los Mares, inundando, sin excepcion de alguna, todas las Regiones de la Christiandad, con todo eso, nuestra Religion se mantiene tan firme, que nada teme á los asaltos de estos enemigos; antes bien estos aumentan su esplendor, y

solo sirven para acrisolarla, como el oro, haciendo crecer considerablemente su claridad. No hay sofisma, ni antiguo, ni nuevo, que no esté cien veces desatado con la mayor solidez: y así su firmeza es como la de las rocas del Mar, que solo están puestas en las orillas, para vencer el furor de sus olas, y convertir en espumas la ferocidad de las aguas.

Razones graves para desviar los Jóvenes de la lectura de los malos Libros.

Pero aunque la Religion en sí misma esté tan segura, y nada deba temer de estas aguas salobres; en los que la

la profesan pueden ser, y son muy perjudiciales los encuentros de sus corrientes, que siempre van con rapidez á derrocar la verdad, y hacerla salir de sus márgenes. El único medio, pues, de evitar todo peligro, es, huir la ocasion; porque, si os quedais en ella, atendida la flaqueza humana, siempre estareis á riesgo de perecer. Decidme, Hermanos mios, ¿quántos son entre los Christianos los que saben con claridad sus dogmas? Echad una ojeada sobre el debil

sexô: considerad la flaca juventud: mírese la mayor parte de los que componen el gran Mundo: y se oirá freqüentemente de la boca de los mas de ellos, esto es, de los Eruditos de este tiempo, que, para ser verdaderos sabios, tienen por felicidad el no ser Teólogos. Ved qué buen principio, para estar impuestos en los Dogmas de la Religion, de la qual no tienen otra noticia, que la que adquirieron de los Catecismos, que es lo mismo que decir,

cir, aquella que basta para ser Christianos; pero no la que es menester para saber á fondo las verdades de la fé, y poder defender su doctrina de los que la combaten con tanta tenacidad, y capciosidad. Esto supuesto (en que no puede haber duda, ni tergiversacion, porque de la misma experiencia consta) quisiera que me dixese qualquiera que tenga despejado el juicio, ¿qué podrá resultar en gentes de este caracter, desarmadas de principios, y sin instruccion alguna, si ó por or-

orgullo, ó por diversion se abandonan á la lectura de aquellos Libros, en que con la mas fina malicia se entra en la discusion de los puntos mas delicados, impugnando la Religion con los mas sofisticos argumentos, y burlándose de ella con las mas venenosas sales, y bufonadas? ¿No es este un Problema, cuya solucion pide muchísima sutileza en el que lo haya de resolver? Sin duda, Hermanos mios, los que así se entreguen á esta lectura perniciosa, lo que ex-

experimentarán, será, que insensiblemente beberán el veneno mortífero, como que son inexpertos en la ciencia, que es menester tener para repelerlo; é ignoran, por su falta de instruccion, quáles son los confines, que dividen la mentira de la verdad: despues, acostumbrando su oido al modo de hablar profano, que está hoy tan en boga, y rindiéndose ciegamente á los seducientes sofismas, que ya han tomado posesion de su ánimo no poco enfermo, y ya

ya casi desdeñoso de la verdad, de repente se encuentran seducidos, y cambiados en Ateistas, Deistas, Materialistas, y Libertinos de superior orden, sin advertir, cómo, ó de qué manera les ha sucedido esta transformacion.

Continúan las mismas razones.

Bien sé, y no lo puedo negar, que la anticipada feliz persuasion, que á favor de la Religion Christiana han sugido estos con la leche, bastará para tenerlos por algun tiempo fixos en la fé, no obstante el

el que por ventura se encuentren oprimidos de la dificultad, y envueltos en mil argumentos, á que ellos no saben responder: pero tambien es verdad, que esta fé lánguida, y desmayada cada dia se irá entibiando mas, y que aquella persuasion feliz, debilitada, y obscurecida con las contrarias razones, será mirada luego como una preocupacion de la infancia, y por consiguiente depuesta, ó abandonada con esquivez. Digo mas. No habiendo tenido, como he di-

dicho, estos desgraciados hombres la ciencia de la Religion, con que poder desatar los sofismas, en que se hallan abismados, quando leen los Libros malos, lo que únicamente podria tenerlos firmes en su primera creencia es el amor á la Religion, que propriamente se llama *pio afecto de credulidad*: ¿pero qué amor quereis que reyne en aquellos, que gustan de leer unos Libros tan malignos, sembrados de escarnios contra la Religion, y de burlas contra su Autor? Ni se

se me dé por disculpa, que este deleite nace de la elegancia en el modo de hablar, de la gracia del estilo, y de la vivacidad de los pensamientos, que en estos Libros ordinariamente se echan de ver; porque ¿quál será el buen hijo, que pueda llevar con paciencia, quanto mas con deleite, que se despedaza, y se conculca el honor de su madre, por mas que las frases, con que esto se executa, estén vestidas de la mayor elegancia, y el modo de zaherirla esté texi-

xido con el mayor chiste? Con que siendo los que leen estas obras enteramente faltos de ciencia, para rebatir las sutilezas, que sus Autores siembran en ellas, y estando por otra parte igualmente vacíos de aquel filial amor, que debian tener á la Religion, y á su Autor, ¿qué efecto podrá seguirse de una lectura apasionada, ciega, delinqüente, hecha con depravado fin, y por tanto llena de temeridad? Lo que se sigue es, lo que por una fatal experiencia se demues-

muestra, y es, que en el principio vacilan: de aquí pasan á una especie de indiferencia; y últimamente se transforman en Libertinos firmes, atrevidos, y descarados, ó, como solemos decir, de primera clase.

Así sucede, y siempre se debe temer que suceda, aun no considerando mas, que el caracter de aquellos Lectores inexpertos, y poco afectos á la Religion, que se deleitan en leer los Libros, en que esta es escarnecida, é impugnada. ¿Pues qué será, si, á mas

de esto, se reflexîona sobre el caracter de los Escritores Libertinos, que los publican, los quales con el mayor esmero emplean los modos mas astutos, y artes mas fraudulentos, para ofuscar la mente, y pervertir el corazon de los que, por desgracia, aciertan á leer tales obras? Esta, Hermanos mios, es una circunstancia muy agravante, y por eso he querido prevenírosla, á fin de que la tengais presente para vuestra cautela.

Estos Escritores, como tan sagaces, é instruidos en

en los modos de engañar, no entran á combatir á cara descubierta, ni explican en lo exterior, querer hacer guerra á Dios, á la Providencia, al Evangelio, ni á la Moral. Esto desde luego causaria horror, y descubriria su mal fin; y así su máxîma es afectar ordinariamente un grande ayre de honestidad, y de razon, y mostrar un sumo respeto ácia aquellos objetos, en cuyo favor, conocen, está ya prevenido el Mundo: despues, habiendo alentado, y aun

casi asegurado al Lector con esta fachada engañosa, se entran en materia, y van sembrando sus insensateces. El Lector incauto, como no está suficientemente instruido, para conocer el artificio, simplemente va siguiendo, y sin advertir el tósigo, que se le prepara, lastimosamente se embelesa, y con fruicion, en vez de dolor, se halla preso en el anzuelo.

Para que lo veais mas claro, pondré un exemplo de Rosó, que en su Libro del Emilio (*), hablando del

(*) Emil.t.3.p.179.

del Evangelio, dice lo siguiente: "Yo confieso, que »la magestad de la Escri»tura me sorprende: la san»tidad del Evangelio habla »á mi corazon: (¡qué hom»bre tan devoto!) Mirad »los Libros de los Filóso»fos mas grandes: con to»da su pompa, ¡quán pe»queños se muestran res»pecto de este! ¿Y cómo »podrá ser dable, que un »Libro tan sublime, y »al mismo tiempo tan sim»ple, sea obra de un hom»bre? ¿Y cómo se creerá, »que aquel, de quien se

Singular implicacion de Rosó.

»cuenta la Historia en él,
»sea un simple hombre?
»¿Hay por ventura en él
»el tono de un fanático,
»ó de un simple Sectario?
»¡Qué dulzura, y qué pu-
»reza en sus costumbres!
»¡Qué gracia tan penetran-
»te en sus instrucciones!
»¡Qué sublimidad en sus
»máximas! ¡Qué sabiduría
»tan profunda en sus dis-
»cursos! ¿Quál es el hom-
»bre, quál es el sabio, que
»sepa obrar, padecer, y
»morir sin flaqueza, y sin
»ostentacion? Si la vida,
»y la muerte de Sócrates
»fue-

»fueron proprias de un sa-
»bio, la vida, y la muer-
»te de Jesus fueron pro-
»prias de un Dios. ¿Diré-
»mos que la Historia del
»Evangelio fue inventada
»por capricho? No, no por
»cierto: no tiene esto tra-
»za de ficcion: y las accio-
»nes de Sócrates, de quien
»nadie duda, son mucho
»menos auténticas, que las
»de Jesus. Sería mas difi-
»cil de concebirse, que
»muchos se hubiesen con-
»certado para componer es-
»te Libro, que no el que
»uno solo hubiese submi-

»nistrado su materia. No »es posible, que los Escri»tores Judíos hubiesen en»contrado jamás semejante »estilo, ni semejante Mo»ral. El Evangelio tiene »unos caractéres de ver»dad, tan grandes, tan pe»netrantes, tan imposibles »de imitarse, que su In»ventor sería mas admira»ble, que los Héroes." Hasta aquí Rosó. Decidme, Hermanos mios, ¿puede darse descripcion mas elegante, ni mas bien ajustada. ¡O quánta es la fuerza de la verdad, que de

de tales bocas saca tales elogios! ¡Pero quánta es tambien la humana malicia, que, conociendo así la verdad, la ultraja, y la zahiere con iguales dicterios! Despues de este gran Panegírico, con que Rosó celebra el Evangelio Santo, como obra propria de Dios, y no de los hombres, sin mudar de pluma, habla de él de esta suerte: *No obstante, este mismo Evangelio está lleno de cosas increibles, de cosas, que repugnan á la razon, y es imposible, que ningun hombre*

bre de sentido sano las pueda concebir, ni admitir. ¿No está bueno el pasage? ¿Pudiera esperarlo el que hubiese leido el primero? A la verdad este Filósofo ha hecho aquí un papel muy vario. Él ha sabido hablar, como pudiera un Apostol de Jesu-Christo, y despues intempestivamente se ha transformado en Apostol del Infierno. Pues esta es la conducta maliciosa, que de ordinario siguen estos hombres sagaces, y ese el finísimo estratagema, con que por lo comun alucinan

nan á sus Lectores. ¡O! quántos han caido así en la trampa, y quántos en lo succesivo caerán! Dios quiera que no.

Para esto, Hermanos mios, huid de tal peste. Abominad, os ruego, la lectura de obras tan malas, donde no hallareis sino perversidad. La Iglesia Católica abunda de Libros doctos, y (si quereis) curiosísimos, que pueden ser materia de vuestro provecho, y de vuestro divertimiento: freqüentadlos, y estudiadlos, que ellos os da-

darán la utilidad. Esta es la ciencia, que os desea el Apostol, y la que conduce á vuestra edificacion. De las doctrinas varias, y peregrinas no os dexeis jamas sorprender; porque estas trahen mucho veneno. Si es este, como de hecho lo es, el siglo de la luz, no seais vosotros los borrones. Los que al presente se advierten en punto de creencia, en el modo de hablar, y de pensar, en el luxo, en las modas provocativas, y en otras infinitas cosas, bastan, sin ponderacion, para obscurecer, no digo yo un siglo entero, sino aun infinitos siglos, si fuesen posibles. Todo lo han eclipsado estos malvados hombres con sus perversas obras. Todo lo han afeado, ó intentan afear con sus doctrinas infernales. Alerta pues, mis amadas ovejas, no sea que por falta de precaucion, y de cuidado seais tambien comprehendidas en estas redes del abismo. Probaos bien, como dice el Apostol, (*) á ver si estais firmes en la

(*) Ad Cor. c. 13.

fé,

fe, y el criterio único es, si de hecho está Christo en vuestro corazon: si no lo está, es señal de que sois reprobados; pero purgaos de este indicio con la penitencia, y arrepentimiento. Añado, no sin grande amargura, lo que dice el mismo Apostol á los de Galacia; pero advierto, que esto solo se dirige á los que se han dexado seducir (*): ¡Es posible, que tan presto habeis apostatado, y con tanta facilidad habeis hecho traicion á el Evangelio de Jesu-Christo,

(*) Ad Galat. c. 1.

posponiendo sus verdades, y máxîmas santas á las que os enseñan esos falsos Apóstoles, que, por una fatal desgracia de nuestro tiempo, han venido ahora á perturbar el Mundo! No digo yo, siendo hombres tales, como os los he dibuxado; pero aunque fuesen Ángeles de Dios, no los debiérais creer, una vez que os predicasen contra lo que os han enseñado los legítimos Ministros.

Es verdad, que la senda de estos es estrecha, yo lo confieso. Es cierto tambien,

bien, y certísimo, que la Iglesia nuestra Madre no disimula nada: que prescribe reglas muy estrechas: que mortifica las pasiones: que tiene á raya los apetitos. Pero esto mismo os ha de convencer de que es buena Madre, y que tiene todos los caractéres de justa. Entre los hombres el padre, que se llama, y merece el título de bueno, no es el que da gusto á sus hijos, sino el que los estrecha, y corrige; y por no seguir todos los padres esta práctica, está la Repú-

pública bien desconcertada, y lastimosa, como (con bastante dolor nuestro) nos lo acredita la experiencia. Los Sistemáticos del tiempo, es verdad, que hablan segun vuestro humor; ¿pero por qué? Porque saben sus Autores, que solo así pueden tener discípulos. Ven las gentes mundanas dispuestas para todo lo que sea carnalidad, y acomodan sus máximas á lo que en ellas domina, seguros de que han de tener seqüaces, mientras hablen

al gusto, y abran un ancho campo á los apetitos. ¿Y habrá, no obstante, quien siga, y aprecie estos aduladores, que por ganar gente, y tener séquito van contra su misma opinion? La Religion Christiana no tiene que temer, ni por qué callar: por tanto á nadie contempla, ni gasta con ninguno adulacion. Su fin único es, el que sus Hijos no se pierdan, y vivan con arreglo: por eso, aunque se desagraden, solo les prescribe, y permite lo que es bue-

bueno para su alma: les manda lo justo, y les prohibe lo injusto. Al contrario, los Libertinos del tiempo, como no llevan otras miras que las de su presuncion, y estas se logran, abriendo camino á la sensualidad, por eso son tan pródigos en conceder amplitudes á sus alumnos, y no se escasean en dar ensanches, aunque para ello atropellen las leyes de la razon.

Pues, Hermanos mios, vamos siguiendo fielmente el seguro camino, que nos

enseña esta Madre Santa, que, aunque sea lo que prescribe contra lo que nuestro apetito desea, en guiarnos por esta luz, hallarémos siempre nuestra dicha. Así nos lo conceda el Señor por los ruegos de nuestro Santo Apostol, á quien quedo pidiendo con la mayor vehemencia os sea propicio, para alcanzaros esta gracia; y no puedo dudar de que atienda esta súplica, porque son muchas las pruebas, que ha dado de lo que ama nuestro bien, y de lo mucho

cho que se interesa en el lustre de nuestra Nacion. Ella fue puesta por Dios mismo baxo de su amparo: ella mereció por su predicacion la primera luz del Evangelio: ¿pues cómo ha de abandonar una Grey tan propria, que Dios confió á su patrocinio, que convirtió con su doctrina, que fertilizó con su sudor, que grangeó con sus pasos, que adquirió con sus trabajos, y si no la regó, ó esmaltó con sangre, porque se celebró en otro Pais el triunfo de su martirio,

á lo menos la honró con su Cuerpo, en cuyo depósito tenemos todas las seguridades de su amor, y todo el vínculo, que podemos apetecer, para estár siempre confiados en su caridad? En esta finca, Hermanos mios, tenemos su proteccion segura; y fundado en ella, espero yo, ha de patrocinar ahora nuestra Religion, trasladando á los actuales Españoles aquella integridad, y firmeza de fé, que con su predicacion imprimió en nuestros antepasados: espe-

pero, que ha de volver á ellos aquella constancia generosa, y noble, con que muchos de sus primeros Hijos sufrieron el martirio, manteniendo la fé entre los horrores de la muerte. Últimamente espero, que ha de coronar sus favores, arrojando de nuestros Paises estos nuevos modos de pensar, tan contrarios á los que él inspiró á los primeros fieles; y así como con su espada vencedora desterró de ellos á los Profesores del Alcorán, con igual auxîlio, aunque por

diferente modo, ha de exterminar tambien á los del nuevo Evangelio, que, por lo sutil de su doctrina, aun son mas adequados para el engaño, y por tanto mas acreedores á que nuestro Santo Apostol los expela de su distrito.

El Señor oyga mis ruegos; y para que conserveis pura la fé de vuestros Padres, os libre de sus insultos, y no permita, que accedais á sus proyectos venenosos. Esto es lo único, que deseo por premio de mi tarea. Pedid pues á Dios,

Dios, que la haga fertil con su gracia, echando su bendicion sobre mi trabajo. Y no dexeis de rogar tambien por estos infelices Incrédulos, para que no se engañen á sí mismos, ni engañen á otros. Ellos son nuestros declarados enemigos, é impugnan con gran saña la verdad; pero por lo mismo son dignos de compasion, y el mismo Evangelio nos dice, que á los que nos aborrecen, les hagamos bien. Sea pues este amor la correspondencia de su odio, que este modo de pro-

proceder hará ver al Mundo, y á ellos mismos, quánta distancia hay entre su creencia, y la nuestra; y por grande que sea su obstinacion, y mas se empeñen en cerrar los ojos á la luz, al fin han de conocer, que nuestra Religion es santa, pues tanto se conforma á la humanidad. El Señor oyga nuestros votos, é imprima en ellos sus santos documentos. Él destruya en el Mundo la incredulidad; y pues ha dado á los hombres tanta luz en el presente siglo, haga, que sirva esta principalmente al bien de la Religion, que es lo que (aun por nosotros mismos) debemos apetecer. Así habrá en todo el debido orden: así cesará la confusion: así se amará la verdad: así se aborrecerá la falsedad: así enmudecerá el Infierno, y se oirá la voz del Cielo: así se desvanecerá ese Babél confuso de lenguas inauditas, y corrompidas, que asaltan el Empireo: en fin así triunfará la Fé, é iluminados por ella con el resplandor de una nueva luz, hablarémos todos el dulce idioma de la caridad, que

es

es el único, con que en esta vida quiere ser alabado el Señor. Así nos lo conceda por su bondad, y misericordia infinita, para que en esta hermosa lengua confesemos sin titubear, que él lo formó todo de la nada, y que con su gran sabiduría lo ordena, y dirige al fin de su gloria, que es, el ser visto, gozado, y poseido en el Cielo, despues de haber sido confesado, servido, y obedecido en la tierra.

Dada en nuestro Palacio Arzobispal de esta Ciudad de Santiago á 29 de Enero de 1778.

Francisco = Arzobispo de Santiago.

ELOGIOS NOTABLES

A favor de la Religion Revelada, hechos por Rosó, y Montesquiú, quando estaban en su sano juicio.

He querido poner separadamente estas alabanzas, que hicieron de nuestra Religion dos tan grandes Filósofos, para que los que por su flaqueza han apreciado con demasía lo que, despues de pervertida su razon, escribieron tan empeñadamente contra ella, reconozcan quanta distancia hay entre hablar con luz, y discurrir á obscuras.

Tam-

Tambien considero muy fructuoso, el hacer vér á los flacos la gran facilidad, que han tenido sus Maestros, en mudar de doctrina, solo (como dixo uno de los dos citados) *por el gusto de la novedad, por el deseo de parecer ingenio superior á toda preocupacion, y por la ansia de complacer á aquellas personas, que dan el tono á la estimacion comun* (*). Pondré separados los dichos de estos dos Incrédulos, para proceder con mayor claridad en asunto tan importante, y no confundir sus expresiones en elogio de la verdad.

(*) Carta del Padre Routh Jesuita al Sr. Gualterio, Nuncio de Francia, dándole noticia de la muerte de Montesquiv.

ROSO.

¿De quántas dulzuras no se priva aquel, á quien falta la Religion? ¿Qué sentimiento, ó reflexîon podrá consolarle en sus penas? ¿Qué Expectador animará las buenas acciones, que secretamente practíca? ¿Qué voz podrá hablar al fondo de su alma? ¿Qué precio, ó qué premio podrá esperar de su virtud? ¿Con qué ojos mirará la muerte? El último recurso, que podemos emplear contra el incrédulo, es tocarle el corazon,

zon, y poner á su vista un exemplo que lo arrastre, haciéndole tan amable la Religion, que no se pueda resistir á él. Siendo esto así, ¿qué argumento puede haber tan convincente contra el incrédulo, como la vida de un verdadero Christiano? ¿Habrá alguna alma, que pueda resistirse á esta prueba tan evidente? ¡Qué imagen tan viva, y tan executiva para su corazon, quando sus amigos, sus hijos, sus Padres, su Muger concurren todos á instruirle, edificándole! ¡Quando, sin predicarle á Dios con discursos, ellos se lo demuestren, yá

yá en las acciones, que él inspira, yá en las virtudes, de que es autor, yá en la complacencia, que se encuentra en agradarle! ¡Quando vea brillar en su casa misma la imagen del Cielo! ¡Quando mas de una vez al dia se halle precisado á decir: no, *el hombre no es así por su virtud propria: alguna cosa mas que humana reyna en él, que le sugiere esta conducta!*

Huid pues de aquellos, que baxo del pretexto de explicar la naturaleza, siembran en los corazones de los hombres desolantes doctrinas, y cuyo Scepticismo aparente es todavia mas

afirmativo, y mas dogmático, que el tono decisivo de sus Adversarios. Sobre el altivo pretexto de que ellos solos son los alumbrados, los veraces, los de buena fé, nos someten imperiosamente á sus decisiones tajantes, y pretenden darnos, como verdaderos principios de las cosas, los ininteligibles systemas, que ellos construyen en su imaginacion. Por lo demás, trastornando, destruyendo, y conculcando todo lo que los hombres respetan, ellos quitan á los afligidos la última consolacion de su miseria: á los poderosos, y á los ricos el único fre-

freno de sus pasiones: ellos arrancan del fondo de los corazones el remordimiento del crimen, la esperanza de la virtud, y con todo eso se lisonjean de ser los bienhechores del género humano. Jamás (dicen) la verdad ha sido nociva á los hombres; yo lo creo, como ellos mismos, y esta es en mi dictamen una grande prueba de que lo que enseñan, no es la verdad. Hasta aquí Rosó. Atended ahora á lo que dice

MONTESQUIÚ.

La Religion es siempre el mejor garante que puede haber

de las costumbres, y de la probidad de los hombres. El hombre piadoso, y el Ateista siempre hablan de Religion; pero con esta diferencia: el uno habla de lo que ama, y estima, el otro de lo que teme, y rezela. Un Príncipe, que ama la Religion, y al mismo tiempo la teme, es un bravo Leon, que cede á la mano que lo acaricia, ó á la voz que lo apacigua. El que teme la Religion, y la aborrece, es como las bestias salvages, que muerden la cadena, que les impide arrojarse sobre los que se acercan á ellos. El que absolutamente no tiene Religion

ligion es un animal terrible, que no reconoce su libertad, sino es quando desgira, y devora. Dios ama á los hombres, pues él estableció una Religion, para hacerlos felices; y supuesto que los ama, es seguro, el que le agrada, quando ellos entre sí se aman recíprocamente; esto es, quando exercitan entre sí mismos todos los deberes de la caridad, y de la humanidad, y no violan las leyes, baxo las quales viven, y están constituidos. En qualquiera Religion que se viva, la observancia de las leyes, el amor á los próximos, la piedad para con los

Padres, y Parientes, son siempre los primeros actos de la Religion. La Christiana, que ordena amarse recíprocamente los unos á los otros, quiere sin duda, que cada Pueblo tenga las mejores leyes Políticas, y Civiles; porque estas son en su estimacion el mayor bien, que los hombres pueden dár, y recibir. Plutarco dice en la vida de Numa, que en el tiempo de Saturno, no habia ni Señor, ni esclavo. En nuestro clima ha resucitado el Christianismo esta edad de oro. A él debemos en el Gobierno un cierto derecho político, y en la Guerra un cierto de-

recho de Gentes, que la naturaleza misma no sabria bastantemente reconocer, dexada á sus proprias luces. Este derecho de Gentes es el que hace entre nosotros, que la victoria dexe á los Pueblos vencidos unas cosas tan apreciables, como son, la vida, las Leyes, y los bienes.

La Religion del Cielo no se estableció por las mismas vias, que la Religion de la tierra. ¿Resuelve la Religion Christiana entrar en un Pais? Ella sabe hacerse abrir las puertas, todos sus instrumentos son buenos para el logro de sus intenciones. ¿Se oculta en lugares

subterraneos ? Eperad un momento , y vereis á la misma Magestad Imperial hablar por ella. Quando ella quiere , atraviesa los Mares , los Rios , y los Montes. Los obstáculos de acá baxo no son bastantes , para impedirle su curso. Estableced costumbres , formad usos, publicad Edictos , haced Leyes : La Religion Christiana triunfará de todo , vencerá el clima , superará las Leyes , y aun sujetará los Legisladores, que las hayan hecho. Dios siguiendo sus decretos ocultos, que nosotros no llegamos á penetrar, extiende , ó reduce , como

mo se le antoja , los límites de su Religion. Dios permite, que esta dexe de ser dominante en muchos Lugares ; no porque la abandone , sino porque esté en su gloria , ó en su humiliacion exterior , ella es siempre igualmente apta , para producir su efecto natural , que es , Santificar.

La prosperidad de la Religion es diferente de la de los Imperios. Un célebre Autor decia , que le era conveniente el estár enfermo , porque la dolencia es el verdadero estado de un Christiano. Del mismo modo podrémos decir , que las hu-

humiliaciones de la Iglesia, su dispersion, la destruccion de sus Templos, los sufrimientos de sus Mártires son los tiempos de su gloria, y que quando á los ojos de el Mundo parece triunfar, ese es el tiempo proprio de su abatimiento, y de su marchitéz. La Religion Christiana ciñe, y mortifica todas las pasiones del hombre, y no es tan zelosa de sus acciones, como de sus deseos, y buenos pensamientos: no nos tiene aprisionados con cadenas de bronce, sino por un número innumerable de hilos dulcísimos (quales son los de Adan, que

que son propriamente las cuerdas, con que nos enlaza, ó aprisiona la caridad): dexa trás de sí la justicia humana, para dár principio á otra mejor justicia: su fundacion, ó establecimiento tuvo por único fin el trasladarnos del arrepentimiento á el amor, y del amor á el arrepentimiento: en fin ella pone entre el Juez, y el delinqüente un gran mediador, y entre el mediador, y el justo un gran Juez. Para formar una Religion no basta establecer un dogma, es menester tambien, que lo dirija. Así la Religion Christiana nos hace es-

esperar un estado, que nosotros creemos; no un estado, que nosotros sentimos. Todo en ella nos conduce á dirigir bien nuestros espíritus, hasta tanto que llegue la resurreccion de nuestros cuerpos.

Hasta aquí Montesquiv á favor de la Iglesia: y aun quiero añadir otra expresion suya, que prueba con bastante claridad, lo distante, que estaba, quando la estampó, del desatinado modo de pensar, con que escandalizó despues á todo el Mundo Christiano. Es como se sigue: *El furor de los Sofistas* (habla *de los que llaman bellos es-*

espíritus) *es razonar*: *el furor de los razonadores es hacer libertinos. La naturaleza, como sabia, parece, proveyó bastantemente para que los errores de los hombres fuesen pasageros; la Imprenta los inmortaliza.* Ved, quan despejada tenia la mente este Filósofo, quando hablaba así. ¡Qué distinto es este Idioma del que empleó despues en las *Cartas Persianas*, y en el *Espíritu de las Leyes*! La lástima es, que despues de haber prevaricado, sus yerros aún subsisten. Si no se hubieran impreso, hubieran muerto con él; pero la prensa les ha dado una du-

duracion, que siempre estarán haciendo gemir al Christianismo, y á la virtud. De este Sabio yá sabemos, que lo que le hizo mudar de parecer, fue la vanidad. De Rosó, y otros semejantes podrémos sin injusticia discurrir lo mismo. *El Emilio, y el discurso sobre el origen de las condiciones* prueban bastantemente, que este juicio no es temerario. Mientras fueron cuerdos estos hombres, y no estuvieron poseidos de la corrupcion, hablaron bien, y concertadamente. Luego que se dexaron dominar del vicio, y de las ideas del Mundo, mudaron de

de lenguage, y dexaron de ser racionales.

Pero como dixo un célebre Orador Frances (*) nada hay tan glorioso á la Religion Christiana, como el que todos los Libertinos, que la contradicen, sean gentes corrompidas en el corazon, y desregladas en sus costumbres. Mientras ellos vivieron segun orden, esto es, sin asimientos criminales, sin habitudes viciosas, sin excesos, ni desenfreno, ninguna pena les costaba el someterse al yugo de la Fé: respetábanla, profesábanla, y

(*) El Padre Bordalue en diferentes Sermones.

y todo lo que ella les proponia, lo juzgaban razonable, y creible. Quando mudaron de parecer, quando mudaron de vida, y de conducta, sus pasiones se inflamaron, sus sentidos se hicieron señores de su razon, sus ciegas, y vergonzosas codicias los abismaron en toda suerte de desórdenes; y entonces esta misma fé, en que fueron criados, y educados desde su infancia, perdió para ellos todo su espíritu, y toda credulidad: por eso empezaron desde luego á contradecir, y combatir lo que enseña. ¿ Pues qué mayor gloria para nuestra Religion, vuel-

vo á decir, que el tener por enemigos hombres tan desconcertados, apasionados, esclavos de su carne, idólatras de su fortuna, y no poder acomodarse con ellos? ¿ No es este un evidente testimonio de su santidad, de su inflexible rectitud, y de su inviolable equidad? A buena fé que si en favor de estos desreglados hombres ella cediese en esta integridad, y severidad, que le son esenciales: si fuese mas condescendiente en el vicio, ó se acomodase á sus codicias, y sucios deseos, á sus miras interesadas, ó ambiciosas, á sus injusticias, y prácticas ini-

quas, la dexarian dominar en paz sobre la tierra, y no pensarian en atacar sus verdades.

Pero aunque sea honor de la Iglesia el tener tales enemigos, con todo, ellos se hacen insufribles, y por todos los posibles modos se debieran reprimir. Supongamos que en el Mundo se levanta una sociedad de gentes, que, por profesion, y por una declaracion abierta se apliquen á desacreditar el servicio del Príncipe: que se emancipen á criticar sus órdenes, y á desdeñarlas con desprecio, y avilantez: que hablen sin respeto de su persona, y

traten de flaqueza, ó de poquedad de espíritu todos los obsequios que se le ofrecen: que juzguen nimiedad el zelo con que se procuran sus intereses, y la disposicion, con que sus fieles súbditos estén prontos á morir, en caso necesario, por la defensa de su causa: en fin, que publiquen en toda ocasion máximas injuriosas á la Magestad Real, y capaces de trastornar los fundamentos de la Monarquía: pregunto yo: ¿se sufririan por mucho tiempo hombres de este caracter? ¿No se trabajaria todo lo posible por exterminarlos, y aun aniquilar-

 los?

los ? Pues todos los dias se están levantando sin cesar en el Christianismo sociedades de Libertinos incrédulos, que con sus impiedades, y burlas profanan las cosas mas santas, y desacreditan quanto pueden el servicio del Supremo Rey : que atacan al mismo Dios, que adoramos, y quisieran borrar de nuestro espíritu todas las ideas de su creencia : que le disputan hasta su mismo sér, y se esfuerzan á hacerlo pasar por una Divinidad imaginaria : que no tienen el menor respeto, ni á sus mandamientos, ni á su culto, y miran como supersticiones todos los

los obsequios, con que se le honra : que intentan robarle sus siervos mas fieles, y retirarlos de sus Altares, haciendo mofa de sus prácticas piadosas, y acusándolos en ellas, ó de hypocresía, ó de simplicidad. De esta suerte de impíos es infinito el número : hoy se ven de ellos mas que jamás: su Catálogo crece incesantemente entre los Christianos, entre los Católicos, y aun entre los devotos : ¡y con todo eso gustan! ¡Con todo eso se aplauden! ¡Con todo eso embelesan! ¡O! que por lo demas son gente honrada, y hombres

de bien! Confieso que no he podido jamas digerir este lenguage, y que siempre me ha chocado tal modo de hablar; porque en él veo extrañamente envilecida la qualidad de *hombre de bien*. ¿Qué quiere decir, que un hombre tenga esta circunstancia, exceptuando la Religion? Quiere decir, que este es un *hombre de bien*, á excepcion de que él falta á la obligacion mas esencial á todo hombre, que es reconocer, y someterse á su Criador: quiere decir, que es un *hombre muy de bien*, á excepcion de que él sigue unos principios, que van á arruinar todo el comercio humano, toda confianza entre los hombres, y segun los quales debe estár determinado á todo, quando se trate de su interes, de su placer, y de la satisfaccion de su sensualidad. En una palabra, quiere decir, que este es *un hombre muy honrado*, á excepcion de que ni tiene ley, ni se rinde á la fé. ¿Honrado os parece este hombre? Pues ponedlo á la prueba, y entonces vereis su hombría de bien.

Quedemos pues, Hermanos mios, en que esta casta de hombres es vitanda, y muy perjudicial. Sus pensamientos son todos

dos contra Dios, contra la Religion, contra la República, y aun contra los Reyes mismos. Intentan introducir la *Tolerancia*, y ellos se hacen intolerables. Todos los fieles de la Iglesia deben tenerlos por sus mortales enemigos, y en este concepto, sin dexar de practicar con ellos lo que la caridad prescribe, debemos desviarlos quanto podamos, huyendo su pestilente comunicacion, de la qual puede seguirse nuestra perdicion eterna. Por eso dice el Apostol, que con esta especie de gentes *nec cibum sumere*: ellos son como el aceyte, que todos los

los que lo tocan se manchan, y este es el motivo único de que sus errores hayan ganado tanto Mundo; porque sus libros, y sus conversaciones son un perniciosísimo contagio. Por esto, supuesto que ellos ni perdonan á Dios, ni á sus próximos: que su doctrina es perversísima, y se extiende de dia en dia: que con ella inficionan los Reynos, y desprecian los Reyes: últimamente, que son unas víboras venenosas, cuyo solo hálito pervierte, y arruina las almas, yo quisiera que los Príncipes (como principalmente interesados en su exterminio) se au-

aunasen, y pusiesen de acuerdo, para aprehenderlos (hablo de los Gefes de Secta), y que despues de conseguido este importantísimo fin, los encerrasen á todos en una Casa, donde tuviesen una vida, en todo opuesta á la que ahora enseñan; llamando su razon á consejo, y repasando en la quietud de aquella estancia todos sus antecedentes desbarros; para lo qual yo les recetaría una entera privacion de pluma (sino es para retratar sus yerros), total retiro, y abstraccion de toda comunicacion peligrosa, continua leccion de libros santos, bas-

bastante ayuno, y no poca disciplina, algunos ratos de oracion mental, y freqüente repaso de la Doctrina Christiana; todo baxo la férula de un Director escogido, que supiese bien las máxîmas del Evangelio, y tuviese el arte de desimpresionarlos de las que les ha dictado su genio. Así esta habitacion sería propriamente de Locos, llamados á juicio; y debería tener un rótulo, ó letrero sobre la puerta, escrito con letras bien abultadas, que dixese así, ó en semejante forma: CASA DE NUEVOS ORATES, QUE SE HAN JUN-

JUNTADO AQUÍ POR EL PODER SUPREMO, CON EL FIN DE QUE POR LA REFLEXÎON, Ó ANIMADVERSION, VUELVAN Á SU JUICIO, Y CON SU PESTILENTE TRATO NO LO HAGAN PERDER Á OTROS, QUE Ó POR MAL GUSTO, Ó POR VICIO, Ó POR SENCILLÉZ, SIGUEN, Y APRECIAN SUS ERRADAS MÁXÎMAS, TENIENDO POR LUCES SUS TENEBROSAS DOCTRINAS.

IN-

INDICE

De las cosas notables contenidas en esta obra.

PARTE PRIMERA.

Comparacion de los Filósofos nuevos con los antiguos. Pag. 9.
Penitencia transeunte de Voltaire. 12.
Descripcion, ó analisis del plan lastimoso de los Incrédulos. 22.
Descríbese la fundacion admirable de nuestra Religion. 47.
Descríbese el caracter de los Impíos, y se les define segun su malicia. 51.
Delirios del vicio, y su obscenidad increible. 56.
Hipocresía fraudulenta de los Incrédulos en orden á lo que afectan, desear el bien comun á la sociedad. 58.
Los Incrédulos no asienten, ni pueden asentir á lo que enseñan. 73.

Quál

Quál sería el Mundo, si se estableciese en él su doctrina. 79.
Quál estaría el mismo Mundo, si se observasen puntualmente las máximas santas de nuestra Religion. 83.

SEGUNDA PARTE.

La misma luz natural demuestra, que Dios es el Autor de todas las cosas. 98.
Ironía oportuna sobre el Acaso, ó Azar. 102.
Varias razones, con que se hace ver la fatuidad de este Sistema. 119.
Rosó contrario á sí mismo. 127.
Escandaloso modo, con que explican los Naturalistas su sistema impío. 132.
Demuéstrase brevemente la exîstencia de la Revelacion. 142.
Dicho célebre de Bacón de Verulamio. 158.
Descríbese el Sistema de los Materialistas, así antiguos, como modernos. 169.
Argumento indisoluble de que nuestra alma es eterna. 184.
Expónese la doctrina de los Pirrónicos, ó Scépticos. 191.

TERCERA PARTE.

Pintura de la Iglesia Católica. 237.
Razones graves para desviar á los jóvenes de la lectura de los malos libros. 260.
Continúan las mismas razones. 266.
Singular implicacion de Rosó. 275.
Elogios notables á favor de la Religion Revelada, hechos por Rosó, y Montesquiú, quando estaban en su sano juicio. 299.

CORRECCIONES.

Pág. 42, lin. 2, donde dice Dinásticas, lee *Dinastias.*

Pág. 56, en el margen, Delirios de el vicio, lee *Delirios de Elvecio.*

Pág. 56, lin. 4, Que sé yo qué, lee *Que sé yo por qué.*

Pág. 130, lin. última, haya, lee *hay.*

Pág. 160, lin. 11, expresa el Sr. Beaumont, lee *expresa al Sr. Beaumont.*

Pág. 174, lin. 10, inmortalidad, lee *mortalidad.*

Pág. 182, lin. 1, llega á suceder, lee *llegará á suceder.*

Pág. 250, lin. última, no se verá, lee *no severa.*

Pág. 291, lin. 16, esmaltó con sangre, lee *esmaltó con su sangre.*

Pág. 315, lin. 3, es hacer Libertinos, lee *es hacer Libros.*

Madrid, 1967